

Oreaba

REVISTA MENSUAL

CIENCIA :: ARTE :: SOCIOLOGÍA

DELEGACIONES
EN TODA ESPAÑA
Y AMÉRICA

Redacción y Administración
Anselmo Cifuentes, 10

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
Un trimestre..	3,00 Ptas.
Un semestre..	5,50 —
Un año	10,00 —

SUMARIO

Vicente García de Diego... *Problemas etimológicos. (Conclusión).*

Juan Lacomba... *Versos.*

M. Núñez de Arenas... *Los últimos años de Goya.*

Henry Charpentier... *Sobre Stéphane Mallarmé.*

A. D... *Semblanza de Pilar de Valderrama.*

Pilar de Valderrama... *Composiciones poéticas.*

Angel Monreal... *Sugestiones de una página de "El Infierno", de H. Barbusse.*

Gabriel Peri... *El Cártel del acero y los acuerdos de Thoiry.*

Editorial... *Nuestras posesiones del África ecuatorial.*

LIBROS.—José de J. Núñez y Domínguez: *Tres novelas asturianas.*

Angel Dotor: *Maravillas de la vida de los insectos*, por Edward Step.

PROBLEMAS ETIMOLÓGICOS

(Conclusión)

A partir de este momento el fenómeno es un hecho social, de cooperación de una colectividad, que desdeña, repite, amplía o modifica la innovación. Si consideramos los fenómenos hechos, se explica bien la admiración que su potencialidad causa, hasta considerarla fatalismo y necesidad. Sorprendidos en vivo, se ve que estos que aparecen potentísimos fenómenos son supervivientes de fortuna. Junto a ellos en cualquier momento de una lengua se producen modificaciones individuales distintas y contradictorias, que no tienen suerte, que se extienden a un círculo y se contienen y malogran por repulsa de la generalidad, millares de innovaciones en competencia, que avanzan y retroceden, en una lucha continua entre la creación personal y la reacción del medio ambiente. La innovación triunfante es ley. Para el espectador el triunfo del fenómeno es el premio de su potencialidad. Para el que ha seguido sus pasos el triunfo es de las circunstancias y de la cooperación de las multitudes, acertadas o caprichosas y torpes.

Contra esa idea de las leyes que nacen sin competencia y avanzan sin vacilación, avasalladoras y uniformes, dice Breal: «Esas leyes serían la primera obra humana en línea recta». Claro que en las leyes fonéticas habría también que distinguir para razonar su fortuna condiciones favorables muy complejas, y para explicar su universalidad condiciones de sencillez y claridad especiales. Así entre el determinismo ciego y la libertad sin coacción la ley fonética sería creación libre impulsada por una propensión.

Desde luego la condición de fatalidad es contradicha por ser la ley una propagación social por imitación, que no es necesidad, sino atracción resistible condicionada por la libertad. Si alguna determinación fatal pudiera admitirse, sería en el momento de la creación individual, cuando todavía no es ley sino hecho. Este es el momento de relativa inconsciencia o de mínima libertad. Pero

aun en él, si es difícil admitir la necesidad inevitable en modificaciones que responden a predisposiciones étnicas o adquiridas, es absurdo admitirla en cambios que responden a una comparación, a una verdadera corrección, tan libérrima como las rectificaciones académicas y las elucubraciones del etimologista. Así, pues, si se entiende por ley la propensión irresistible a producirse tal cambio, la norma ciega e indefectible, la ley fonética, como dice Vossler, es una quimera. Estas leyes ciegas, como necesidad imperiosa que ha de cumplirse contradicen a todas las experiencias lingüísticas y psicológicas y contradicen a la libertad, que puede implicar propensión, que es de hecho compatible con cierta normatividad del espíritu, y que puede ser condicionada y subconsciente, pero que repugna al fatalismo absoluto de los hechos lingüísticos. Ahora bien, si llamamos leyes fonéticas a las normas que *a posteriori* vemos ha seguido un hecho, a su generalización histórica, si por leyes entendemos el modo como el fenómeno se ha extendido general o parcialmente, no como por necesidad tuvo que desenvolverse, entonces puede hablarse de leyes. Así concebidas tienen un valor científico, como las leyes históricas de mayor constancia, y un valor práctico. «Mantengámoslas, dice Bertoni, como una luz que alumbra la difícil vía de la investigación etimológica, pero no sean para el etimologista como una cadena al pie». (1)

Pero así como hay que reconocer la sinrazón de los foneticistas extremados, que habían soñado hacer de la fonética una ciencia exacta, hay que convenir en que es injusto el desdén con que la nueva etimología idealista rechaza los resultados y métodos de la etimología fonética. Esta había pecado por exceso, por la ilusión del éxito, con el pecado explicable de todo método fecundo, que en la embriaguez del triunfo se propasa; pero más joven y con menos triunfos también la etimología idealista se excede y entromete en el campo foné-

(1) «Archivum romanicum», V, 15.

tico. Muchos de los reproches de la nueva filología idealista no se refieren a la fonética, sino a la caricatura del foneticismo. La etimología fonética como escuela no había valorado en su debida importancia los factores mentales, y, si se quiere, por ser fonética había propendido a explicaciones materiales de fenómenos de origen ideal; pero no puede olvidarse que la mayoría de los etimologistas fonéticos habían utilizado muchos de estos recursos de interferencia. Más útil que combatir fantasmas y presentar como anticuado el foneticismo etimológico será justificar la distinta valoración que debemos hacer del elemento fonético y de los factores ideales, sin presunción de haber hallado la clave de la infalibilidad, y con el temor de que, así como el foneticismo caía por exageraciones, caigamos nosotros en las nuevas rutas, más empinadas y peligrosas, que, como todas las humanas, sólo a fuerza de vacilaciones y tropiezos conducen a la verdad.

No se trata pues en esta disputa de una falsa teoría anulada por otra verdadera, sino una doctrina inquebrantable, que apreciaba insuficientemente las huellas de la incesante actividad del pensamiento en el lenguaje, y de nuevos estudios que la completan, y descubren valiosas claves de investigación. Sería pueril pretender haber descubierto la vía del lenguaje, que sigue varias. A la etimología nueva toca estimar bien los elementos, aforar los cauces del idioma, que son fisiológicos y psicológicos, y explorar las venas ocultas y cruzadas, para decidir cual es el caudal de cada una, no para decir jactanciosamente que el caudal se ha descubierto. Carece por eso de moderación científica este juicio de Gillieron: «La vida de un idioma no está en los órganos fonadores, sino en el cerebro», (1) como si uno y otro no fuesen elementos esenciales de la expresión. Contra estas pasiones, exornadas de cierta puerilidad y jactancia por los nuevos métodos, se impone el criterio comprensivo e independiente, que reconozca como los fenómenos han seguido itinerarios distintos, fisiológicos y mentales, y como es prejuicio vano el incluirlos en uno, y pueril terquedad el querer aplicar la fonética a una evolución de orden psicológico y el someter al método idealista a las palabras que han seguido un cauce fonético. Tampoco creo admisible la distinción cronológica de Sainean (2), evolución puramente fonética en ciertas arias y en períodos constituyentes y actividad puramente idealista en períodos consecutivos.

Si hay momentos de mayor efervescencia fonética, ésta nunca definitivamente se aquieta, y, si el influjo ideal lo descubrimos como un fermento

activo de las épocas modernas, este mismo influjo ha obrado con parecida actividad en las lenguas originales y en la nuestra, antes y en los períodos más tumultuosos de la fermentación fonética. Lo que sí puede admitirse es que los productos de una normal evolución fonética, llegado un momento propicio, pueden verse sometidos a una influencia ideal.

Podemos asegurar que el latín *FISCILLA* siguió durante siglos una vida fonética regular dentro del castellano; *fescella* y *hecella* no vieron perturbada su vida normal hasta el momento en que cae la *h* aspirada, y *ecella* «molde» y *ecellar* «formar el queso» junto a *encina*, *encima*, empiezan a parecer sospechosas, pensándose si estas formas deberían tener el prefijo *en*.

El menosprecio que Vossler y los idealistas sienten por la fonética les veda reconocer lo que a ella deben los estudios románicos, para dar sólo relieve a sus errores. Es curioso sin embargo observar como este desden no les impide a los más calificados detractores seguir etimologizando fonéticamente, siempre que la ocasión se ofrece. Es Bertoni, a quien tanto debe la etimología fonética, quien lanza la peligrosa afirmación de que «sin leyes fonéticas se pueden hacer etimologías». Y es Gillieron, más foneticista que idealista, quien con pretexto de las grandes irregularidades de las leyes, de las incongruencias o *milagros* fonéticos, se burla de la fonética y de sus etimologías.

Se tiende pues a proscribir un método fecundo y no exhausto, que ha descubierto y probado el estrato más firme de la etimología románica y que ha de contribuir aun a descifrar multitud de enigmas etimológicos; se quiere por viejo e inútil desechar el instrumental fonético, como si no quedasen palabras que sólo con este método han de alumbrarse y que inutilmente buscaríamos explorando en las alturas del método idealístico. Voces como *breña*, que encerraban avaramente su secreto a todos los toques, se han aclarado por la sencilla evocación de una correspondencia fonética, por el trato regular del sufijo *GINE* en español y en portugués, y voces discutidas con mil razones ideales como *amelga* «faja de terreno», han cerrado la discusión con la sola presentación de *chamelga* y la ley fonética de *g* perdida en castellano y conservada en aragonés.

Es evidente que con solo la fonética no pueden hacerse etimologías, pero no lo es menos que sin fonética el etimologista carece de un necesario instrumental. Si de un lado hay que restringir el método fonético, no aplicándolo más que a las voces que siguieron su ruta, de otro hay que perfeccionarlo y complicarlo; porque el hecho fonético no es siempre tan uniforme como nuestras primeras leyes lo suponían. Las formas se nos escinden

(1) «La faillite de l'étymologie phonétique», 102.

(2) «Les sources indigènes de l'étymologie française» I, 20.

y complican por diferencias sociales, geográficas y cronológicas y por otras razones sutiles y complejas. Así por esta obsesión de la simplicidad fonética se habían excluido de las voces patrimoniales el cast. *reinar* y el fr. *rener* (1) suponiéndolos cultismos recientes no sometidos a la evolución normal; pero desde el momento en que *teinada* y *tenada* TIGNUM españoles se descubren como formas vulgares, lo que hay que rechazar no es el cultismo, sino la unidad de trato del grupo latino GN.

Desde luego no debemos conformarnos con una etimología fonética si puede contrastarse con otros métodos ideales, sobre todo si puede presumirse una intención psicológica. Y aun puede ocurrir que una etimología fonéticamente sea cierta y como hecho histórico sea falsa. Tal es el caso del castellano *un sobre*, que coincide con el latín SUPER, pero del que no puede decirse con verdad que haya procedido, pues de hecho es una desintegración de *sobrescrito*, preparada por el tránsito del escrito a la envoltura, e inevitablemente provocada por la contraposición de la envoltura escrita y sin escribir. Así el francés del norte *noir-nuar* «mirlo» coincide con el latín NIGRU, etimología al parecer satisfactoria, y sin embargo Gillieron ha probado que *nuar* viene de *nuarmel* y éste de *le merl*, del latín ILLA MERULA.

La etimología idealista enseñada por la experiencia no se fía de las fieles correspondencias, como *paniaguado* de *pan* y *agua*, que suelen pecar de infidelidad.

Requiere una prueba de las desviaciones ideales, pero no se asusta de la distancia ni de las incongruencias finales de sentido. La fórmula corriente de los diccionarios de incongruencia fonética o semántica para rechazar una etimología podrá tolerarse como fórmula abreviatoria y expeditiva, pero como razón final científica en la etimología idealista no tiene valor alguno.

Finalmente el idealismo filológico no sólo reclama la explicación de fenómenos que la fonética no puede razonar, sino que en la misma fonética tal vez dé razón de cambios que parecen responder a una intención mental, más bien que a una influencia fisiológica. Si estudiamos algunos cambios de nuestra fonética, parece verse en ellos una nivelación intencional de sonidos, una verdadera etimología popular fónica, paralela a la nivelación intencional de voces, a la etimología popular de formas. Tal es el caso de muchos fonemas inestables por su rareza, que el instinto de asimilación equipara a los tipos corrientes, no sólo por confusión de proximidad sino por evocación de un modelo, que se considera etimológico.

Tal conceptúo el caso de VETLUS VECLUS,

IPSE IGSE, ant. *exe*, RECESSUS RECECSUS *recejo*, *buitre buetre*, *estoira estuera estera*, y otros muchos. La falsa rectificación en los períodos de vacilación de un fenómeno se descubre también en la fonética, lo mismo que en la morfología. Al menos yo pienso en esta razón para cambios como el de *sielso*, que supone *sepsa* de *seso*, en momentos en que una capa social decía *epso* y otra *esso* IPSU, una *gepsa* y otra *gesso* GYPSU.

V. LA ETIMOLOGÍA VITALISTA

Junto a las tendencias fonética e idealista existe otra tendencia etimológica, en cierto modo mental, que presta una singular atención a las condiciones en que la vida de las lenguas romances se ha desarrollado. Aunque la etimología práctica siempre ha utilizado en alguna medida los datos cronológicos, geográficos e históricos, es evidente que ha propendido a exagerar el verbalismo (1), etimologizando sobre solas, palabras y el latinismo, queriendo explicar muchas evoluciones de origen romance como existentes ya en latín. Esto implicaba un concepto erróneo del latín vulgar, al que se atribuía una vitalidad inconcebible y una discrepancia tal del latín conocido, que hubiera hecho de él un idioma aparte. La derivación de palabras y aun la evolución ideal en cuanto había una coincidencia de las formas románicas, y aun sin haberla a veces, se atribuía al latín, inventándose ese vocabulario de asteriscos de un latín muy cómodo para explicarlo todo, pero fundado en muy débiles razones. Implicaba además esta tendencia el grave error de no apreciar bien el nunca interrumpido dinamismo del lenguaje, fijando en un seco esquema binario, el momento latino y el actual, la compleja evolución romance, como si las lenguas románicas hubieran sido inertes y pasivas, incapaces de la proliferación formal e ideal que gratuitamente se atribuía al latín. No puede en efecto un idioma románico considerarse como herencia muerta de latinos, germanos o griegos, prescindiendo de la posterior colaboración de las multitudes, a las que se deben la mayor parte de las derivaciones y de las desviaciones semánticas. En las mil metáforas, bajo las cuales a falta de una concepción intelectual vemos el lenguaje, es difícil precisar cuales de ellas, si los ríos de Mauthner, si los símbolos biológicos, pueden tener mayor valor; cualquiera parecería admisible menos esas metáforas de muerte y herencia, que suponen interrupción entre lo que es vida infinita, matización indefinida de una lengua siempre cambiante y en el fondo siempre la misma. La idea de la pasividad romance y de la vitalidad latina culmina en la tesis

(1) Meyer-Lübke, «Introducción», 60.

(1) «Idola verbi», según la expresión de Sainean.

de Mohl (1), que atribuía nada menos que la escisión fonética dialectal de la Romania a las diferencias dialectales latinas.

La etimología vitalista no considera el lenguaje en la unidad artificiosa de la lengua oficial, sino como una vastísima complejidad de dialectos mutuamente influídos y como una superposición de dialectos sociales. «Si no buscamos, dice Jaberg (2), una falsa simplificación, la evolución de las palabras se ofrece en una complicación desconcertante para el que las mira desde el punto de vista de la lingüística clásica; mas esa es la realidad, y ante ella los métodos simplicistas de la investigación etimológica tienen que fracasar».

Angustiosa complicación esta que la lengua nos ofrece; aunque siempre será mejor asombrarnos de lo complejidad, que engañarnos con una mentida sencillez. «La ciencia del lenguaje, dice Brunot (3), ha de descubrirnos lo que el lenguaje es, sus cruces e inconsecuencias, su organización inestable, revesada y compleja, como es la naturaleza, no alineada y simplista, como la falsa ciencia nos la presenta». Es pues un absurdo soñar con la uniformidad, si una lengua es intrincado polimorfismo e indeterminable irradiación ideal. Con un criterio mucho más comprensivo que el de su amo decía ya Sancho: «No hay para qué obligar al sayagues a que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto de hablar polido». Pensamiento justo, que el buen juicio del licenciado confirmaba: «Así es, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos» (4). Resalta siempre frente a la supuesta fijeza de la lengua una contienda nunca concluída; un choque de las transgresiones incesantes con las resistencias de la multitud, y de todo foco lingüístico con sus fronterizos; el prurito literario de huir de la vulgaridad y el empeño del vulgo de seguir a los cultos, la cultura derramada por el pueblo y la rusticidad elevada por la poesía y por enfermizos caprichos de imitación.

La etimología vitalista ha encontrado un maravilloso campo de observación en la geografía lingüística. (5) de la que ha sido propulsor y cultivador incansable Gillierón.

En las zonas donde los dialectos han cristalizado por tranquila sedimentación, o donde funda-

mentalmente al menos las viejas fronteras subsisten, estos estudios permiten sorprender las condiciones en que las palabras han evolucionado.

Ni las más profundas divagaciones idealistas compiten en fuerza evocadora y persuasiva con estos casos de pequeños conflictos geográficos, a los que el espíritu popular da las más singulares e inesperadas soluciones. Sobre las cartas vemos con claridad a qué queda reducida la supuesta uniformidad fonética (1) y con qué variedad en las invasiones de palabras los dialectos reaccionan. Por desgracia para la etimología española en ninguna otra provincia románica son tan inquietantes y difíciles los trabajos geográficos como en nuestra península, donde la persistencia y pesadumbre de la dominación árabe ahogó el grupo de los dialectos meridionales, en cuyo vacío se precipitaron en confuso tropel los dialectos del norte.

No hay que decir que los datos históricos de procesos intermedios son valiosos y a veces decisivo testimonio para la etimología. Conseguir la determinación cronológica, geográfica y social, fijar, como dice Sainean, el estado civil de una palabra, es facilitar su filiación. Pero por ser a veces la historia juez supremo de la etimología se había llegado hasta el fetichismo histórico. Tal es el punto de vista de Littré, para quien la historia es la piedra angular de toda etimología; principio teóricamente admisible, pero que en la realidad no tiene por desgracia aplicación. «La etimología, dice Bertoni para probar su sujeción a los datos históricos, es historia». Evidente afirmación. La etimología es historia, pero historia en que casi siempre faltan los datos o son insuficientes; historia llena de lagunas, que hay que rellenar con testimonios indirectos y con hipótesis; historia cuyos trazos genéricos se descubren en la literatura, precisamente escasa y casi nula en los orígenes, bajo la cual ha corrido el desbordante caudal de la lengua viva; historia cuya ruta marcan escasos hallazgos y que hay que reconstituir por débiles huellas y por sagaces deducciones. Es la más segura, evidentemente, la etimología histórica, con que tropezamos en nuestras lecturas literarias; es la más tranquila la etimología de ocasión, la caza sentada de la etimología; mas de cuyos ruines resultados no puede vivir esta ciencia, que requerirá los recursos y datos precisos, pero que seguirá avanzando y orientándose como pueda cuando aquellos falten. El precioso auxilio que a la etimología francesa han prestado sus envidiables diccionarios históricos justifica la devoción a los datos literarios; pero no puede admitirse que la etimología se estanque

(1) «Introduction a la chronologie du latin vulgaire», 16.

(2) «Romania», 46, 123.

(3) «La pensée et la langue», XII.

(4) «Quijote», II, 19.

(5) No quiere decir que por sí pueda resolver esta investigación el problema etimológico de un pueblo, pero no puede suscribirse este juicio de Sainean: «La geografía lingüística desde el punto de vista estrictamente etimológico no ha reportado resultado alguno apreciable». Op. cit. I, 17.

(1) El llamado «milagro fonético» no autoriza a la otra exageración de admitir que cada palabra sigue una evolución fonética independiente; sí a reconocer que las leyes no abarcan necesariamente todas las palabras y que estas pueden tener áreas geográficas distintas.

cuando aquellos falten, ni llevar la fe histórica al extremo de jugar con argumentos *ex silentio*, creyendo que una voz nace en la lengua cuando aparece en la literatura.

Otra tendencia que a la investigación etimológica ha de prestar útiles servicios es el estudiar las voces sobre la misma realidad. Es a Schuchardt a quien principalmente se debe esta modalidad de la investigación filológica, cultural y folclorística, que sirve de objeto a una excelente revista, (1) y de la que hay monografías magistrales, como la de Krüger, de Sanabria, de la colección de estudios sobre cultura y lengua de la Universidad de Hamburgo.

VI. LA ETIMOLOGÍA COMPARATIVA IDEALISTA O ETIMOLOGÍA DE GRUPOS IDEOLÓGICOS

Doy este nombre a una nueva modalidad en la investigación etimológica. Consiste en referir muchas modificaciones de forma a los contactos ideales que ciertas palabras han sufrido por pertenecer a un mismo grupo semántico, entendiendo convencionalmente por ideales lo mismo los puros conceptos que las intuiciones sensibles. Esta metodología coincide con la idealista en apreciar el predominante influjo del pensamiento en el lenguaje, pero discrepa en considerar que las palabras no pueden estudiarse como seres aislados de historia independiente, sino que muchas de las evoluciones son debidas al influjo de aquellas con las que viven en comunidad ideal.

El hecho de que una palabra haya sido contaminada por la forma de otra no sólo es conocido, sino que se ha utilizado en diversas etimologías. El problema está en apreciar si esa atracción es el origen de algunos hechos, o es una acción fundamental en la vida del lenguaje; si se trata del encuentro ocasional de dos voces, o es un fenómeno que podremos considerar corriente y aun normal, efecto de una función típica del pensamiento; si es un raro caso de azar o un proceso cuyas condiciones puedan puntualizarse hasta constituirse una técnica de su estudio, y cuya fecundidad sea tan singular, que constituya un nuevo campo de la etimología, y como una nueva ciencia etimológica.

No pretende este nuevo método filológico suplantarse nada, sino simplemente reconocer que, así como a la etimología fonética corresponde seguir en línea recta a las voces que han vivido una vida dormida, y a la idealista individual proseguir la ruta psicológica que cada palabra independiente ha seguido, toca a esta etimología comparativa el seguir

los grupos de palabras cuando se sospecha que por ser íntimos los contactos de su vida común ideal han de haber quedado en la forma indelebles huellas de éstos.

Como la etimología comparativa formal abrió nuevos horizontes a la investigación, es posible que esta etimología comparativa idealista dé razón de fenómenos que no tienen explicación en la etimología ideal de las voces aisladas. En un sentido estricto no habría inconveniente en admitir que cada palabra, como cada individuo social, tiene su historia. Pero esa absoluta individuación se mueve en una coincidencia común, que, si no quiere llamarse ley, puede denominarse, al menos, norma histórica. Descubrir los procesos de relación de las voces idealmente afines, la peculiar evolución de cada uno de los grupos y las normas semejantes de grupos distintos, que sean como la trama y filosofía de su historia, será como constituir el armazón de esta filología e iniciar una verdadera semántica viva y concreta, que substituya a la actual semántica, frío y abstracto encasillado, que pretende ser historia. (1) Se trata simplemente en ella de sacar las consecuencias del hecho de que las palabras no viven sino en la frase, ni en el pensamiento son sino hilos de un haz, elementos de una de las agrupaciones maravillosas de orden que permiten a nuestro limitado espíritu manejar lo infinito.

Es curioso que en la expresión compleja se ha tenido en cuenta la condición real de la palabra como fragmento de un *continuum* (Bertoni), como producto del análisis de la frase (Wund), o como miembro separado por un destrozo anatómico (Vossler), y que en la práctica se han tenido en cuenta las deformaciones atribuibles a una fonética especial de la frase. Lo mismo en la flexión y en la derivación, aunque con olvidos lamentables (2), se ha reconocido el trato especial que por el mutuo influjo de las formas de un grupo flexivo y de primitivos y derivados tienen todas estas palabras, más sujetas aún que la fonética a la mutua asimilación de sus formas. Sea cualquiera la interpreta-

(1) Censura con razón Vossler el tipo de la actual Semántica, aunque, obsesionado por la contraposición del idealismo y positivismo, la califica poco certeramente de *materiálista*. De lo que indudablemente peca esta ciencia es de externa y abstracta; de no dar cuenta del proceso íntimo de evolución ideal, contentándose con una clasificación de unas cuantas modalidades, que no se refieren a la entraña del hecho, y que son comunes a todas las lenguas. La semántica, que debiera ser la historia espiritual de las palabras, tiene que dejar de ser una aritmética abstracta de ampliación, disminución, anulación y permutación de significados, y empezar por ser historia, historia concreta e íntima de cada lengua, de la que se deduzcan las leyes históricas y sobre la que pueda fundarse una semántica general. Creer que las actuales clasificaciones son la historia semántica es como creer que con la aplicación de las figuras retóricas se hace una historia literaria.

(2) Así no puede derivarse *nudo* de *NODUS*, ni *anublar* de *INNUBILARE* etc., es el primario *NODUS nudo* quien hizo *anudar* de *añudar* *INNODARE* y este quien hizo *nudo* de *nublo*. Es *NUBILUS nublo* quien hizo *anublar* de *añublar* *INNUBILARE* y este quien hizo *nublo* de *nublo*.

(1) «Wörter und», Heidelberg; Sachen desde 1909.

ción psicológica de esta uniformación y su causa, la nivelación consciente de Osthoff, o la *vis inertiae* de la memoria de Vossler, todos admiten la fuerza de la agrupación, que subtrae las palabras a la acción fonética.

Sorprende por tanto que no se hayan sospechado parecidos efectos en la agrupación ideal (1), cuyo trato no puede compararse al de las formas de una serie flexiva, pero cuya vida de relación es imposible que deje de traducirse en muchos casos en cambios formales de imitación y de amoldación. Si estas amoldaciones no fuesen curiosos ejemplos, sino troquelación incesante, y si el más fecundo de los recursos vitales, el de la derivación, no fuera en el fondo sino asimilación de terminaciones entre sinónimos, habrá que pensar que la etimología no podrá prescindir de la comparación en grupos ideales como sistema de investigación y de contraste.

Los fenómenos formales de agrupación mental debemos admitir que se producen sobre todo en los momentos de *recreación* y en razón de la aptitud de las palabras. Podríamos decir que en la recepción por la audición o por la lectura la característica es la impunidad, que nos permite la aceptación indolente y como pasiva del pensar ajeno; aun la incompleta y oscura satisface a nuestra ilusión o a nuestra pereza; la actividad es infrecuente y la evocación un lujo.

La emisión en cambio, que supone actividad y creación, en la que ya no somos nosotros benévolo jueces, se caracteriza por la responsabilidad, por la preocupación en la embarazosa elección de las ideas y de las imágenes justas. Aun la palabra que fluye fácilmente de nuestros labios es una palabra elegida, a veces trabajosamente seleccionada. En unas centésimas de segundo aprecian las experiencias psicológicas la diferencia entre la recepción y la emisión y ellas sin embargo representan un mundo de actividades. En esos momentos de *re-creación*, en que del lecho del espíritu llamamos a nueva vida al lenguaje dormido, en esa coordinación de representaciones y en esa elección obligada, precipitada siempre por el ritmo perentorio de la conversación, es cuando, si las imágenes se nublan y la imaginación vacila, las formas se atropellan y contagian. Así es como se producen esas transgresiones deslizadas por la prisa, engendradora de un cierto automatismo psicológico, que nos hace errar en contra de nuestro ideario gramatical.

La aptitud de las palabras en esta etimología comparativa no se ha de entender como la supues-

ta propensión patológica individual en el raro idealismo de Gillierón, sino como una serie de circunstancias complejísimas, unas referentes a la forma de cada palabra, pero las más, y las más decisivas, referentes a la misma cosa como objetividad y como representación mental. Es casi imposible que ANATE, aplicado a un ave, y ANATÍCULA, aplicado por metáfora del ánade a una pieza de hierro de la piedra del molino, siguieran la misma suerte, estando en distinta condición fonética *ánade* frente a *nadija*, roto el lazo familiar que les unía etimológicamente, y aplicado el uno a un ave poco confundible y el segundo a un hierro de forma variable, que difícilmente evocaría por sí la idea de ánade, y que, perdido ideológicamente, se relacionó con *nave*, *navija*, y que luego forzándose el parecido formal de la palabra y del objeto se confundió con *lavija* «clavija». Favorece la acción del influjo ideal el que una palabra haya roto el vínculo etimológico, quedando abandonada a su propia suerte; en cambio en la agrupación familiar, que por un lado perturba por su acción niveladora, las palabras se salvan mutuamente, porque el influjo extraño no actúa a la vez sobre todas las voces del grupo. Esta perturbación mental comienza en cuanto en la forma de la palabra o en su idea se produce un estado borroso, y se activa cuando en ella se descubre la proximidad formal o ideológica con otra más fuertemente definida. Esta gradación desde el estado firme e inconfundible de una voz, hasta el de mayor inestabilidad y confusión, si depende de condiciones generales de ella misma, depende también de condiciones circunstanciales, y desde luego de las condiciones subjetivas de los que usan las palabras. Así especies de animales y plantas, que un naturalista identificará con facilidad, en el vulgo se permutan y refunden, se agrupan arbitrariamente y se simplifican. Además en las relaciones mentales hay que contar no solo las que friamente consideraríamos lógicas, sino muchas otras forzadas y engañosas, que forja la excesiva viveza de la imaginación popular y su crédula ingenuidad.

Determinar aquí en extenso el esquema de esta nueva técnica etimológica y el fijar los grupos ideales y las características de cada uno sería anticipar los detalles de un trabajo no concluido, y cuya fuerza de convicción no podrá sentirse hasta que la demostración se funde en un número abrumador de ejemplos.

Desde luego estos grupos ideológicos no son grupos gramaticales establecidos por una razón previa. Para su constitución no sirven las normas de la sinonimia corriente, ni sirven mas que como orientación inicial todos los sistemas de clasificación de conceptos, ni las bases científicas o prácticas de los diccionarios de ideas, guías útiles para algún diseño provisional, pero que a cada paso

(1) Algún estudio suelto existe, como el de defectos de la vista de Wartburg, «Die Ausdrücke für die Fehler des Gesichtorgans in den romanischen Sprachen und Dialekten» (Revue de Dialectologie Romane», III, 402, y IV, 16), aunque se trata de un grupo cerrado y preconcebido, no determinado por relaciones etimológicas.

hay que cambiar o romper en la marcha de esa lógica desconcertante de las multitudes, en que los ríos se remontan, en que lo episódico se hace substancial, y en que hay que esperar a cada momento lo inesperado. Ni sirven tampoco las vistas de conjunto de Sainean, al fin agrupaciones preconcebidas de etimología prejuzgada. Ni han de ser finalmente grupos formales de una idea, como los de los Atlas y los de los estudios geográficos de un ser. No han de ser en definitiva esos de que hablo grupos hechos y cerrados, sino los que resulten en el fluir libre de la experiencia etimológica.

En esta etimología comparativa se apreciará qué inútiles son muchos de los esfuerzos prodigados en la etimología individualista. Con todos los recursos fonéticos e idealistas ha perseguido Niedermann en dos ocasiones (1) la rara forma francesa *orme* «olmo»; creyendo haber descubierto la razón en *ormel*, por disimilación de *olmel* ULMELLUS; resultado satisfactorio en el desierto, pero inadmisibles en la comparación de las palabras. En una vista de conjunto se ve que, si ALNUS dió *almo*, *álamo* en la Península, fué por interferencia de *olmo*, y que si el fr. *orme* tiene *r* no es por la soñada disimilación, sino por *orne* ORNUS; siendo el más significativo de los casos el rumano *urm* «fresno» que ha mantenido la idea de ORNUS y ha tomado la forma de ULMUS.

En esta etimología se aprecia la peligrosa obsesión semántica a que por necesidad propende la etimología individual. En el grupo de voces que significan «resbalar» la norma ideológica más frecuente es el tránsito de «liso, lúbrico» a la idea de «resbalar, escurrirse» y frecuentemente de ésta a la de «escapar y esconderse». (2) Con esta norma el francés *mucer* «esconderse», como el asturiano *esmucirse* «irse de las manos» se enlazan sin dificultad con MUCERE «ponerse mohoso» y MUCIDUS «mohoso», poniéndose fin a una de las más laboriosas pesquisas románicas (3).

En cada grupo la característica de evolución varía. En algunos es esta una idea conectiva sencilla, descubierta la cual se sigue con facilidad la historia de sus elementos.

(1) «Indogermanischen Forschungen», XV, 106, y «Archivum Romanicum», V, 447.

(2) Así en el cat. *eslapar* «resbalar y escaparse»; así en *liso deslizarse*, etcétera.

(3) Ha sido la obsesión de la idea de «esconderse» la que ha dificultado la investigación del fr. *musser mucer* «esconderse», que Sainean cita entre las voces enigmáticas y como indescifrables. Ella guió a Thurneysen, «Keltoromanisches», 108, para relacionarla con el irlandés *muchain* «ocultarse», y ella ha inspirado a Meyer-Lübke, REfW, 5722, para inventar un fantástico *mukiare* «ocultarse». Pero no puede olvidarse, que, si el francés significa «esconderse», la forma *esmucier* de las Glosas de Raschi, del S. XI, significó «escaparse» y ésta es inseparable del italiano *smucciare* «resbalar» y del cast. *esmucirse* «irse de las manos» ambas relacionadas con el ast. *esmucirse* «irse de las manos» de MUCERE «ponerse resbaladizo» y aquellas de MUCIDUS «resbaladizo».

Hay varias cuyas permutaciones ideales serían incomprensibles en la investigación individual, por ser base del cambio una idea genérica, que sirve de denominador común, y que se convierte en particular en circunstancias especiales. Tal ocurre en las denominaciones genéricas del ganado, *ería*, *padre*, *ganado*, *hacienda*, y en las particulares que pasan a genéricas, las cuales por el predominio regional de una especie se aplican a ésta, en contradicción con los nombres de otras regiones.

Por estas bases conectivas las significaciones más remotas, indescifrables en la semántica individual, se descubren con facilidad. Que una palabra signifique «nuez» y «pie de la col» no podría admitirse; que el fr. *plume* haya podido pasar de la idea de «pluma» a la de «vaina de las legumbres» parece a Gillierón inconcebible; y sin embargo en la comparación del grupo estos resultados discordantes son normales, sirviendo de base de permutación la idea de «mondar, pelar». (1).

El número de etimologías fonéticas que hay que someter a revisión de este método comparativo es considerable; por derivado fonético del gótico BRAMBESI tiene el último diccionario románico a la vez *framboise*, y por derivado normal de un supuesto FRAGEA tenía Korting, 3946, a *fraise*, cuando la realidad es que *fraise* no remonta al latín, sino que nace de *fraie* FRAGA, y que *fraise framboise* son formas secundarias mutuamente influidas.

Muchas de las explicaciones idealistas convencionales tienen más racional explicación en la etimología comparativa.

A la debilidad semántica de *oublier* OBLITARE atribuye Gillierón, con su criterio médico de terapéutica verbal, y su tecnicismo materialista, la absurda prefijación de los tipos dialectales *roublrier* y *esblidá*, como si *oublier* y el cast. *olvidar* no tuviesen suficiente fuerza expresiva y hubiese buscado el primero como confortante la prefijación. El hecho es sin embargo muy sencillo y uno de tantos en nuestro idealismo comparativo. Viéndose en los compañeros ideales de *oublier*, en los derivados de REMEMORARE, RECORDARI y EXCORDARI una doble ida, la verbal y la de repetición y deducción de los prefijos *re ex*, se aplica este mismo tipo mental doble al simple *oublier* y se hace *roublrier*, *esblidá*, sin pensar en la absurda con-

(1) En este grupo románico no sólo *pluma*, sino CARYON «cáscara de nuez» PILUS «pelo», CORTEX «corteza» y otros que designan «cáscara, tegumento» pasan a la derivación verbal «pelar, desplumar», etc.; y tomando este verbo una acepción más genérica que el primitivo, llegan los deverbativos, y aun el primitivo, a aplicarse a otra especie. Es el caso de *caryon* «nuez» cuyos derivados se aplican en España, no sólo al acto de quitar la cáscara y el erizo de la castaña, sino también al de «deshojar el maíz», desgranar uvas y arrancar «legumbres» y cuyos deverbativos significan «corazón del maíz», grano de uva, pie de legumbre, etc.

secuencia de que *re-olvidar* y *des-olvidar* implican una contradicción. Es el caso español de *escupir*, cuyo prefijo nació de la comparación de tipo verbal simple *conspir* CONSPUERE con los derivados de SPUTARE, STERNUTARE, en los que no real pero sí acústicamente se contenía el prefijo de expulsión *ex*.

Sainean (1) ha notado que hay grupos enigmáticos de las significaciones más vulgares, como el de palabras que significan «harapo». Esto se comprende bien en la metodología comparativa, por ser los grupos más usados y de formas más complejas los más sujetos a la acción ideal. Inútil será buscar la etimología individual del fr. *fripe* «harapo»; pero sometido al contraste del grupo se ve que el indescifrable enigma es un caso poco difícil, pues usándose desde el siglo XIII *frepe* «harapo» de FALUPPA «harpillera» junto a *chipe* y *nippe* «harapo» *frepe* se hizo *fripe* en el siglo XVI por uniformación del grupo.

Este contraste del método comparativo nos descubre huellas de voces perdidas. Que el fr. *oursin* «erizo de mar» y el santanderino *horcino* «erizo de la castaña» se deriven de ERICIU es razonable, pero insuficiente. Estudiada esta voz en el grupo de relaciones ideales hay que admitir que ERICIU se hizo *orcino* en competencia con su sinónimo ECHINU «erizo de castaña y erizo animal» desaparecido más tarde. La huella de LUSGU «tuer-to» la vemos en el ast. *llisgu* «bizco» en el que LUSGU se ha injertado y en el que ha disuelto hasta hacerla desaparecer su significación.

La distancia formal y geográfica de muchas voces no impide descubrir el parentesco en este sistema, como ocurre en la etimología individual. La maraña de formas que significan la horca de aventar parte de tres cabos, VENTILARE, MERGA y MERGULA. El fr. *mergle* resulta enlazado con el cordobés *biergol* y casi todas las formas españolas son híbridas de los tres orígenes. (2)

En este sistema se demuestra con razones el caso de fusión etimológica, más frecuente de lo que se cree, como el del español *vezar avezar*, en que se han fundido en cuerpo y espíritu dos voces originalmente distanciadas como VITIARE y VE SARI; y como el del fr. *aimer*, fusión de dos sinónimos AMARE y AESTIMARE.

En él veremos que no es un caso gramatical, sino atracción mutua de sinónimos, la diversificación genérica, que tantos vuelos va tomando en castellano, en el tipo *hoyo* por *pozo* y *poza* por *hoya*. Y como efecto de este influjo ideal estudia-

remos muchos hechos, que se consideraban independientes, como *seguir*, *embair* (SEQUIRE, INVADIRE) inexplicables, si no es relacionándolos con IRE VENIRE.

Por último, el más importante de los fenómenos del lenguaje, la creación de palabras por sufijación, espero probar en un próximo estudio que en conjunto no es sino la uniformación de un grupo semántico (1), por la cual una terminación material, fuera antes sufijo o no, se propaga a voces afines. Y aquí está el mayor error de la etimología románica: el creer originales estas sufijaciones, que el vulgo forja y propaga. La historia de los morfemas nos probará que *neblina*, *escurina*, *calorina* y *solina* y el ast. *borrina*, «bruma» ni tienen el sufijo *ina* que creemos ni son propiamente derivados de *niebla* y *calor* y *borra* BOREAS, sino productos de la nivelación con *calina* CALIGINE; que el fr. *firlimouse* «cara» no tiene el origen supuesto, sino que es *filomie* «fisonomía» uniformada con *frimouse*, y que éste no tiene el fantástico sufijo *ouse*, sino que es *frime* «cara» moldeado sobre *mouse* «cara» del latín MUTIU.

Siendo pues la evolución lingüística un hecho más sujeto aún que a la fonética a la acción mental, no hay más remedio que sustituir en la etimología la fórmula clásica *tal palabra de tal otra* por expresiones complejas en que se retrate el complicado influjo ideal.

La nueva etimología, podrá objetarse, se parecerá entonces a los juegos de imaginación de los que sin fonética ni historia forjan sus orígenes. Y así es en efecto. Esta nueva etimología ha de ser un juego de imaginación, que el ignorante confundirá con el divertido juego de los juglares de la etimología. No habrá más diferencia que ésta, que el juglar etimologiza siguiendo los juegos de su imaginación y el nuevo técnico siguiendo los juegos de la imaginación popular, descubriendo con fiel atención los caprichosos giros que la fantasía del pueblo imprimió a las palabras.

La variedad de aptitudes que estos nuevos métodos han de imponer al etimologista han de hacer cada vez más difícil su labor. Ya no le bastará su cultura fonética e histórica, sino que necesitará una nueva cultura de experiencia verbal, geográfica y folklórica, y sobre todo una perfección de los métodos psicológicos, que le guíen en esa arriesgada acrobacia de los hilos del espíritu. Todo ello unido a la aptitud individual, a la serenidad clínica y a la sagacidad, a esa *sagacitas* etimológica y

(1) Op. cit. II. 200.

(2) De MERGULA el toledano *bierla* y el cordobés *biergol*, con la *b* de los derivados de VENTILARE. De MERGA *mielga* con la *l* de *bieldo*. *Bielda* de *vieldo*, de VENTILARE, con el género de *mielga*.

(1) Por eso los sufijos tienen significaciones comunes, tomadas del grupo semántico, las cuales por espejismo mental nos parecen originales del sufijo; el sufijo francés de *omnibus* propagado a *autobús*, *aerobús*, va tomando una significación común prestada del tema, que, de extenderse algún día parecería original.

olfativa, verdadero instinto venatorio, según la feliz frase de Tongiorgi, sin el cual el etimologista, abrumado bajo el peso de su instrumental, caerá sin remedio.

Por la misma dificultad de la etimología los mismos fracasos etimológicos merecen respeto. No aspira tampoco la etimología a descubrirlo todo. En el fondo de ese océano verbal donde las generaciones han dejado las finezas y aberraciones de

su espíritu, sus creencias y su historia, quedarán siempre rincones inexplorados.

No importa: donde haya huellas de algún modo perceptibles el espíritu humano reconstruirá la vida. De esos grupos misteriosos que ahora calificamos de indescifrables muchos hallarán expresivos intérpretes. A veces la llave de los enigmas aparece y las esfinges hablan.

VICENTE GARCÍA DE DIEGO

MOTIVO DEL MEDITERRÁNEO

Toda una procesión de blancas velas
sobre el mar en bonanza;
oro tibio de sol, sobre las olas
frangas de espumas blancas.

Yo he sentido la luz sobre mis ojos,
me ha arrullado la gracia
de este cantar, del mar,
que se desliza igual que una plegaria
acariciando el corazón cansado,
poniendo suavidades sobre el alma.

Primavera ante el mar. Todas las rosas
para el azul lumínico del agua;
sea la espuma, un sutil tejido
de adelfas rosas y de adelfas blancas...

Y las velas latinas como inmensas
flores de acacia.

T E D I O

Sol de Otoño. Entre el oro del ocaso, mi anhelo,
como una golondrina, busca nuevas visiones
y va rasgando altiva, en un lejano vuelo,
la sombra leve y vaga de viejas emociones.

Emociones que un día pusieron juventud
y amplias ansias, repletas de ritmo y de ilusión
y hoy son tan solo gris y ceniza y quietud
en la rosa marchita de nuestro corazón.

JUAN LACOMBA.



RETRATO DE GOYA

HECHO EN BURDEOS POR SU AHIJADA ROSARIO WEISS

HUELLAS DE ESPAÑA

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE GOYA

Varios folletos raros, no puestos a la venta, los dos más importantes del ilustre profesor de la Universidad de Burdeos, Sr. Courteault acerca de la estancia de Goya en aquella ciudad, peregrinación amorosa a los lugares que hablan del gran artista, rebusca personal en los archivos para rectificar detalles. Esto es todo. Notas y estampas. Alrededor del noble genio que murió en el destierro. Leves huellas de un alto espíritu; gracias a él, huellas de España. Su presencia hizo perdurable allí el nombre de su patria.

El impuro ambiente

Reinaba Fernando VII, el que arrojó del trono a su padre, el que tras de someterse cobardemente a Napoleón, con vileza le aduló traicionando a su pueblo, el que más tarde, lleno de alevosía, persiguió a los que le die-

ron el triunfo, el que entregó de nuevo su nación a los Cien mil hijos de San Luis.

Unos como afrancesados, otros como liberales, lo mejor de España que no estaba en cárceles o presidios, se hallaba refugiado en el extranjero.

Por extraño caso, D. Francisco de Goya continuaba de pintor de cámara, en Madrid. Aún no se ha explicado satisfactoriamente el cómo.

Pero D. Francisco de Goya decidió escapar, no de persecuciones que no le acosaban, sino del muerto ambiente, del aire enrarecido de la España atenazada, donde el pensamiento enmudecía bajo la amenaza, donde el vaho de licencia soez, de chabacanería, de bajas y ruines concupiscencias de la camarilla del rey, de sus amigos, de los de su propio jaez, lo impregnaba todo e iba a dominarlo todo.



DIVERSIÓN DE ESPAÑA

UNA DE LAS CUATRO LITOGRAFÍAS DE TOROS, DE GOYA

Pidió licencia el pintor y marchó a Francia a reunirse con los extrañados, con los huídos. Fué su repugnancia a convivir con los que permanecían, la que le empujó bruscamente hacia fuera. En Madrid su vida era fácil, sin agobios. Tras la frontera los recursos no eran suficientes. Pero no importa. La atmósfera pura ante todo.

Su vida en Burdeos

«Llegó en efecto Goya (a Burdeos), sordo, viejo, torpe y débil y sin saber una palabra de francés y sin traer un criado, que nadie más que él necesita, y tan contento» dice Moratin a su amigo Melon en carta de Junio de 1824.

Marcha seguidamente a París, vuelve a continuación a Burdeos y allí se instala. Hace venir a su amiga y pariente Doña Leocadia Weiss y a una hija de ella, de diez años, Rosario. Con ellas se acomoda en «un buen cuarto amueblado y en buen parage», en el Paseo de Tourny, núm. 24, hoy 38 (en este mismo paseo había vivido la bella Teresa Cabarrus); después tomará un «casita muy acomodada, con luces de Norte y Mediodía, y su poquito de jardín: casa sola y nueveci a, en donde se hallará muy bien», en la calle de la Cruz Blanca núm. 10, hoy 24; por fin, vendrá a morir, en los Fosos de la Intendencia, en el domicilio de su amigo D. Pío de Molina.

Su genio vivo, decidido de hombre fuerte y sano, se acomoda mal con los achaques y

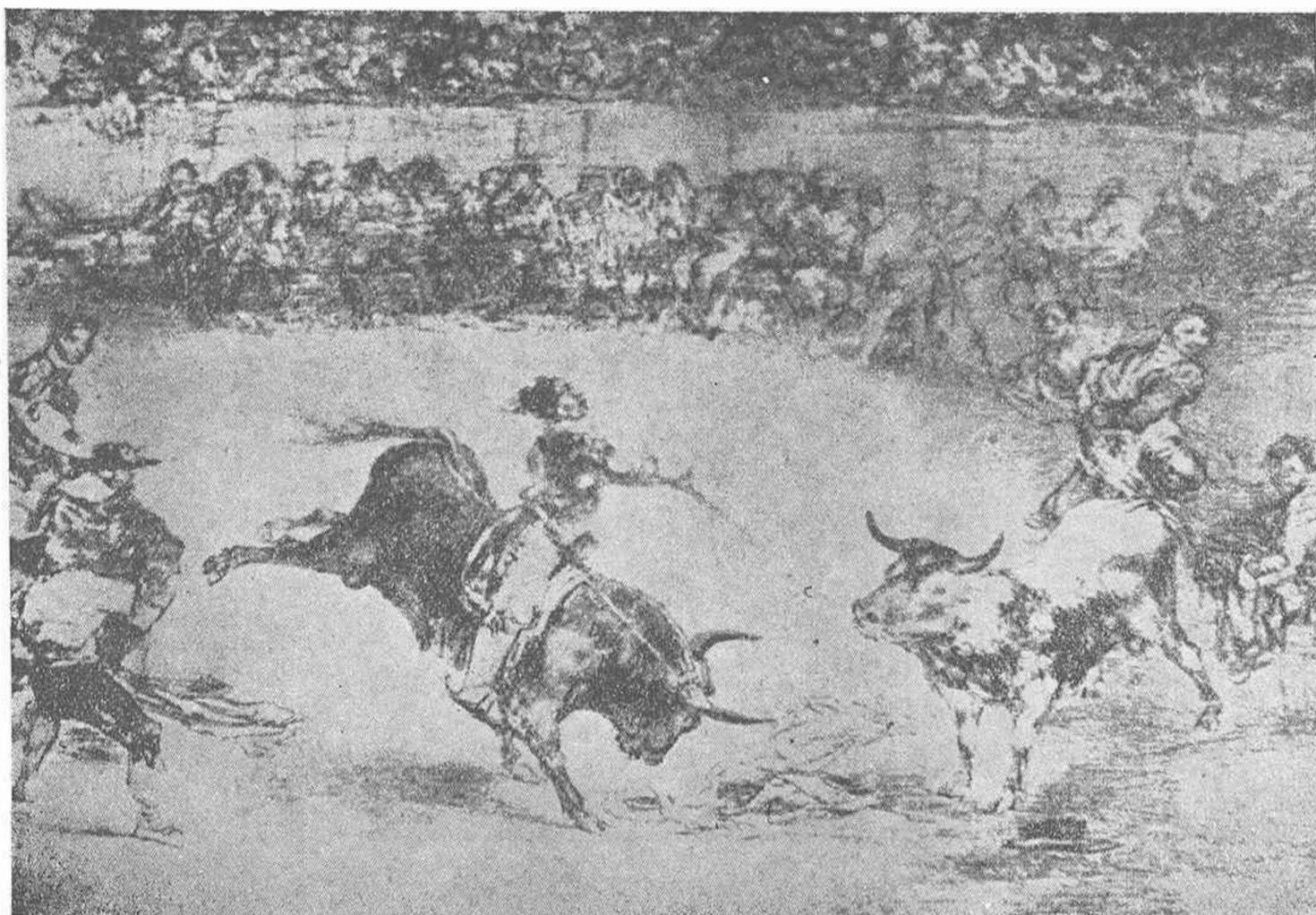
sus amigos tiemblan por él, cuando le ven caminar solo por las calles o cuando Doña Leocadia, mujer intrépida y de carácter brusco y tornadizo, le arrastra al circo ecuestre de la calle del Picadero o a la feria de la Plaza Real. Y es que Doña Leocadia, amazona notable en su juventud, adora frecuentar el establecimiento de los Gallien, donde tan excelentes números de caballos se ven y las barracas en que se exhiben los prodigios de la época.

Pero si sus amigos temen por su salud en estas correrías, a él le agradan y no pierde ocasión de dibujar al esqueleto viviente, al domador de cocodrilos o al encantador de serpientes, como tampoco le asusta el llegarse a la plaza de Aquitania para presenciar una ejecución. Su recuerdo nos queda. (Castigo francés).

Mucho hay que ver, dice a D. Joaquín María Ferrer, cuando éste le habla de repetir las figuras de los *Caprichos*, y muchas otras cosas se pueden dibujar. Durante sus andanzas, allá por las tardes en la chocolatería de su paisano Braulio Poc, donde se hacinaban los refugiados, como en su casa o en las de sus amigos, infatigablemente dibuja o pinta.

Las litografías

Es tan incansable su amor al arte y tan inagotable su curiosidad (*Aun aprendo!* leyenda de aquella figura de viejo decrepito que trazó), que no se contenta con pintar, valiéndose



EL FAMOSO AMERICANO MARIANO CEBALLOS
OTRA DE LAS CUATRO LITOGRAFÍAS DE TOROS, DE GOYA

se de procedimientos diferentes, los retratos de su amigo don Santiago Galos (Goya lo pintó a los 80 años) y del banquero Muguero y de Moratin y de Silvela y de tantos otros, sino que ensaya una manera personal de hacer miniaturas y sobre todo ejecuta litografías.

Acababa de establecerse en Burdeos, por primera vez un taller del nuevo arte, el del impresor Gaulon; el dibujante Galard había publicado ya varias graciosas siluetas de campesinos de las Landas o de tipos populares de la ciudad, cuando don Francisco de Goya, viendo el auge que empezaba a tener la litografía, en la que se había ensayado en Madrid, se puso de acuerdo con el impresor y quizá aconsejado por éste, dibujó varias escenas de toros.

Cuatro de ellas aparecen en el registro de la Prefectura sin que conste el nombre de Goya sino tan sólo el del editor Gaulon. La tirada fué mínima, únicamente de 100 ejemplares (no de 300 como han indicado todos los biógrafos del pintor).

Goya, por estrecheces económicas, escribió a don Joaquín María Ferrer, rogándole hiciera por venderlas en París, pero su amigo le contestó que no era posible. Quizá no se registraran las otras litografías que hizo. (Sólo he encontrado restos de otra, tirada de 50 ejemplares).

Su amistad con Gaulon fué sin embargo bastante grande como prueban los dos retratos—litografías también—que del impresor y

de su hijo dejara, y el hecho de que a la muerte del maestro, aquél mandara a un dibujante de su casa, español, F. de la Torre, para que hiciera un apunte del cadáver.

No discípulos

Dos personas tuvo cerca de sí D. Francisco de Goya que sentían vocación por la pintura: la hija de Doña Leocadia Weiss, Rosario, y un joven español, Brugada. Ni una ni otro fueron discípulos de tal maestro. No ya por el talento, sino incluso por el propósito fueron distintos a él. Brugada, que en los últimos tiempos le acompañaba continuamente y que siempre le ha recordado con admiración y con cariño, fué pintor de Cámara de la reina Isabel y de él son dos marinas que se hallaban en el Palacio real: *El combate de Trafalgar* y *la Llegada de Colón a la Isla de San Salvador*.

En cuanto a Rosario Weiss, nada se puede dar de más fíamente académico que su pintura. En el Museo de Burdeos estuvo mucho tiempo un cuadro suyo: *La Sífide* (autoretrato?), que fué trasladado a una escuela de señoritas. Rosario fué discípula del pintor Lacour, profesor mediocre, que probablemente nunca comprendió el genio de Goya y más tarde llegó a ser maestra de dibujo de la reina Isabel y de su hermana. Murió muy joven. En 1840, sorprendieronla en la calle las turbu-



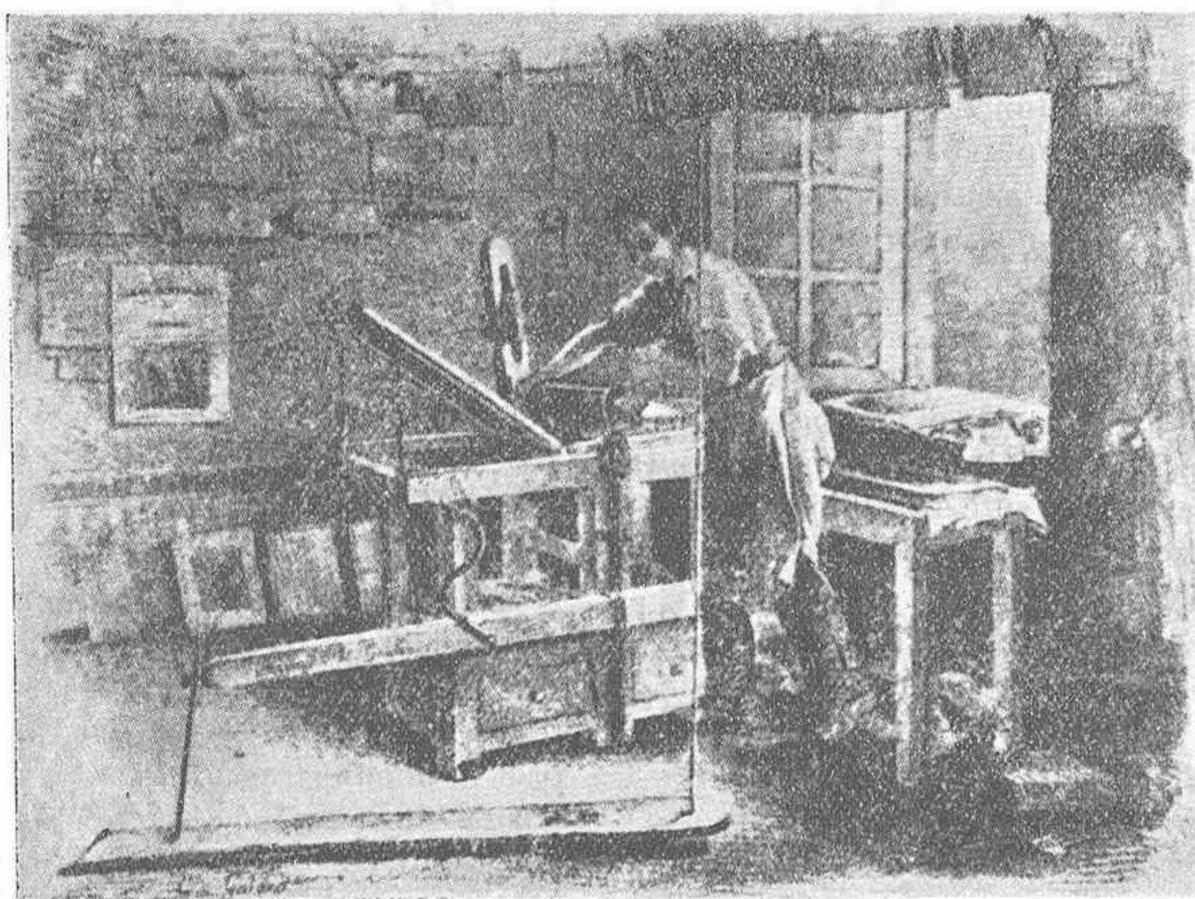
EL IMPRESOR LITÓGRAFO GAULON

(LITOGRAFÍA DE GOYA)

lencias de un motín y fué tal su espanto, que falleció pocos días después.

Goya sentía por ella un extraordinario cariño. Nunca, desde su llegada a Bardeos, cesó de ponderar sus raros méritos; la creía un portento, un prodigio, sobre todo para la mi-

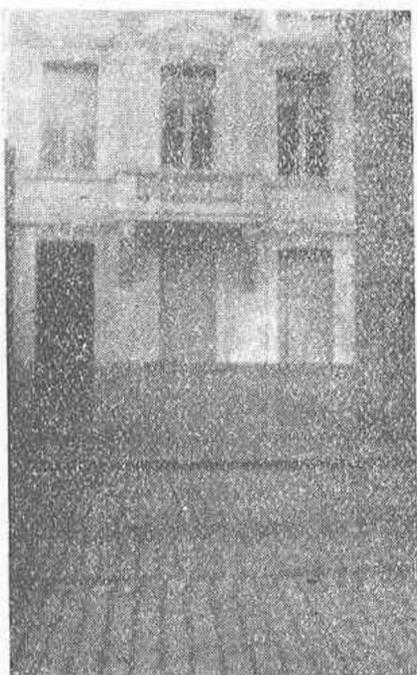
niatura. Es que aquel hombre tan rudo y brusco de apariencia era un hombre lleno de ternura, de delicadeza. Sus pobres cartas, torpes, difíciles, a su hijo, pidiéndole que venga a verle, son de lo más conmovedor que trazó la mano del maravilloso pintor.



EL TALLER DE GAULON, AL QUE ACUDÍA GOYA

LITOGRAFÍA DE GALARD (1823)

En la ciudad de Burdeos, rodeado de grandes amigos, sin la alegría de ver en efecto a su Javier cerca de sí, murió el 16 de abril de 1828, D. Francisco de Goya y Lucientes.



CASA EN LA QUE HABITÓ GOYA, EN BURDEOS
(CALLE DE LA CRUZ BLANCA, 10, HOY 24)

Después de muerto

Aun después de muerto habían de ocurrirle una serie de desventuras. Vacilaciones para su traslado a Madrid, cuando pasados años se quiso honrar su memoria. Por dos veces fué

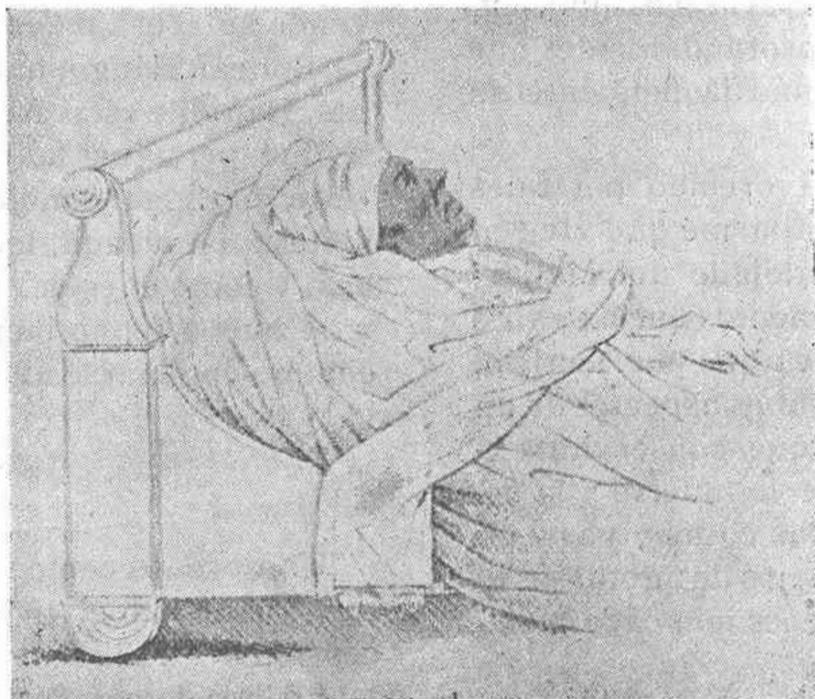
desenterrado. Luego, al abrir el féretro, comprobación de que la cabeza del artista había sido sustraída. En fin, al proceder a colocar la lápida en la casa donde muriera se equivo-



CASA EN LA QUE MURIÓ GOYA, EN BURDEOS
Y EN LA QUE ESTÁ COLOCADA LA LÁPIDA

caron de lugar, error ya subsanado. Su cuerpo o los restos de su cuerpo, yacen en Madrid. La ciudad de Burdeos ha dado su nombre a una calle. Son las huellas de su paso.

M. NÚÑEZ DE ARENAS



GOYA EN EL LECHO MORTUORIO

DIBUJO DE F. DE LA TORRE, IMPRESO POR GAULON

SOBRE STÉPHANE MALLARMÉ

I

Si bien, por ser yo entonces casi un niño, me vi privado de conocer personalmente a Mallarmé, tuve sin embargo la fortuna de haber sido cautivado muy pronto por los prestigios de su obra y de hallarme en disposición de comprender la importancia de la misma. Después persistiendo mi buena suerte, fuí admitido en la intimidad espiritual del Poeta, piadosamente conservada, dentro de su propio marco, tanto en París como en Valvins, por uno de sus familiares que, fuera de toda preocupación literaria personal, experimentó acaso más profundamente que nadie su influencia y guarda fielmente su memoria. (1).

Me inclino a creer, favorecido por tales circunstancias, que el Mallarmé que vive en mi espíritu no está muy alejado del Mallarmé real y que estos fragmentos que extraigo del cúmulo de reflexiones que me sugirió, permitirán reconocer algunos aspectos de un pensamiento y una obra que conservan extrañamente, más allá de la muerte y la escritura, la movilidad de las cosas vivas y un poder de sugestión que, lejos de agotarse, se ha renovado ya varias veces con cada generación de poetas.

* * *

George Moore escribe en sus memorias que cuando encontró a Mallarmé, su primera impresión fué la de hallarse en presencia de «un obrero francés». Me place el empleo de estos dos vocablos. Hacia 1880, con ellos se daban a entender cualidades de vivacidad

(1) Su yerno, el Doctor Bonriot.

de espíritu, de conciencia profesional, de finura, de sencillez y de ironía, que están para mí estrechamente unidas a la idea que me forjo de Mallarmé. Esas cualidades se me aparecen en la sonrisa de sus retratos; ellas iluminan su obra en la que descubro la preocupación constante de acercarse a la poesía, no sólo como artista, sino también como artesano.

Por primera vez en Francia, un poeta se ocupa de la técnica de su arte, con el esmero y la aplicación que los obreros de los buenos tiempos ponían en labrar un mueble precioso, en conquistar la maestría construyendo su «obra maestra».

Boileau, Hugo, habían formulado retóricas, Banville escrito sobre versificación. Mallarmé persigue la solución del problema «interior», las condiciones que planten la materia empleada, lenguaje, palabras, sílabas, y como él es del oficio, como es sencillo y de buena fe, no incurre jamás en la tentación de engañarse ni engañarnos.

* * *

Tan pronto como su personalidad se afirma, abandona el lirismo romántico; la ascensión a los Sinaís apenas le interesa.

La Poesía romántica tendía a convertirse en una serie de discursos filosóficos sobre la Historia Universal contemplada desde un punto de vista sociológico algo superficial. Los parnasianos se entregaban de lleno a la descripción, a las artes plásticas, a la composición de cuadros y estatuas poco animados.

Mallarmé publica en 1865, en *Artista*, un importante artículo en el que tributa a Baudelaire, Gautier y Banville los honores debidos, pero que suena como una despedida.

¡Cierto! No había escapado él a la soberana influencia de Hugo, ni a la, por otra parte menos avasalladora de Baudelaire, pero quería ya volver a verse solo y libre para pensar y construir más allá de las formas realizadas.

* * *

Su primera educación había sido cristiana. Aunque compuso, siendo todavía alumno del liceo de Sens, cánticos y piadosas meditaciones infantiles (1), su naturaleza sensual y racionalista no le inclinaba en manera alguna hacia la Religión y Baudelaire se le apareció más bien como un libertador que como un maestro de teología y un místico.

Era muy joven aun (2) cuando compró la segunda edición de *Fleurs du mal*, que por dos veces le confiscaron su padre y su madrastra y de la que sólo conservó, lector obstinado, un tercer ejemplar que completó añadiéndole, de su puño y letra, las seis piezas condenadas, ejemplar que toda su vida tuvo consigo.

No fué, pues, de Baudelaire la inquietud católica lo que le atrajo, sino la sensualidad triste (3) y el «son» prolongado, infinito de ciertos versos, raros en medio de tantos prosaísmos, más inolvidables. Esta armonía, aun no bien percibida, debía conducir al joven Mallarmé hacia su verdadero maestro, Poe, músico, arquitecto e inventor de la poesía analítica, llamada más tarde Poesía pura.

De Hugo, por quien Mallarmé no cesó de mostrar la más grande admiración, pudo decir, cuando volvió de visitarle por vez primera: «El está en posesión del genio, del poder, de la gloria, pero le falta una pequeña llama que yo tengo y que quisiera darle».

No hay duda que Hugo sabía jugar maravillosamente con las palabras, pero esa pequeña llama que las ilumina por dentro, que les da «el oriente», le faltaba en efecto. Esa Mallarmé, a quien toda la Poesía ulterior, por la que pueda uno interesarse hoy día, debe este esencial y hartamente misterioso fulgor.

* * *

¿En qué consiste exactamente?

No es cosa fácil definirlo. Acabo de escribir que es misterioso y debe continuar siéndolo. No reside en la elección del tema poético. Es un problema de palabras, el problema del lenguaje en su origen mismo.

(1) Véase el núm. 3 del *Manuscrit Autographe*.

(2) 1861.

(3) Cf. *Angoisse, Une négresse par le démon...* y el poema publicado en el núm. 3 del *Manuscrit Autographe: l'Enfant Prodigue*.

Para examinarlo y resolverlo, en lo posible, sería indispensable poseer esas cualidades de buen artesano, de observador escrupuloso, que es lo que fué Mallarmé, durante muchos años, meditando en silencio; indispensable saber escuchar, dentro de uno, esa formación secreta, en voz baja, de las palabras, que casi coincide con el pensamiento, que a veces, quizá, le adelanta y provoca y que precede, en todo caso, a su construcción y al discurso. Entonces incógnitas relaciones, que no son regidas por el sentido usual, por las tiranías del hábito y de la frase, sino por el color, el sabor, el dibujo, el sonido de las palabras y los recuerdos personales que suscitan, se imponen.

Puesto que esto es *ce qui se passe*, Mallarmé lo tuvo en cuenta, mostrándose en eso más realista que los espíritus zumbones que, en su tiempo, se ocupaban en lo artificial y decorativo y colmaban de sarcasmos sus poemas.

¡Más realista, y más idealista también! porque se necesitaba, para osar emprender tamaña «obra de paciencia», tener una fe ciega en su éxito futuro. Se precisaba creer en una maravillosa armonía preestablecida y en que ciertas amorosas coyundas de las letras y sílabas podían ser más fértiles que las acostumbradas asociaciones siempre convenidas y reguladas por un invariable y frío léxico.

La experiencia le dió la razón: nadie habrá dejado de notar que esas palabras que, de ordinario, se perjudican unas a otras y pierden, dentro de la frase, en provecho de su sentido general medio, atenuado y casi independiente de ellas mismas, su brillo particular, recobran en el más insignificante texto de Mallarmé todo ese brillo, cuyo halo amplían indefinidamente.

Podría hablarse aquí de poesía impresionista, pero se trata de algo mucho más sencillo, de la aplicación metódica y reflexiva de una de las más antiguas leyes de la poesía que exige que todo vocabio se realce o se esfume, cambie de timbre y de aspecto, según su posición en el verso, según que tal acento lo exalte o lo deprima.

Esta ley que apenas se manifiesta más que por dichosos azares o el empirismo del genio, la utilizó Mallarmé sin desfallecimiento, voluntariamente, cada vez que escribió: «majestuosa idea inconsciente, a saber que la forma llamada verso no es en sí misma cosa distinta de la literatura, que hay verso tan pronto como se acentúa la dicción, ritmo en cuanto existe estilo».

Ni mago iluminado, ni orfebre de los versos, sino profundo filólogo, no cesó nunca de escuchar y observar atentamente la *palabra*, materia primaria del poema.

¡Qué deslumbrante diccionario de relacio-

nes y analogías hubiera podido formarse, de haberse conservado y sabido descifrar esos oscuros cuadritos de papeles en los que anotó durante largos años sus descubrimientos verbales! Desgraciadamente hubo que destruirlos, después de su muerte, conforme a su voluntad, a excepción de algunas hojas que permiten adivinar la naturaleza de una parte de sus investigaciones: se ha podido apreciar, en la reciente edición de *Igitur*, como se aproximaba de idea en idea, de consonancia en consonancia, de rasgo en rasgo al término definitivo.

Además fragmentos de poemas aparecen esbozados. Algunas palabras características yacen sobre la página en el mismo sitio que habrían, seguramente, ocupado; las rimas, en su conjunto, están colocadas.

Bien se revela ahí un riguroso método: habiendo escogido con discernimiento la substancia de su obra, el poeta quiere ver a esta Tebas espiritual construirse a sí misma, al son de la lira, sabiendo que el acuerdo de la música y de los materiales no podrá menos de producir una arquitectura inteligible, ordenada y pura.

II

«Para comprender mis versos, decía Mallarmé, hay que leerlos con sencillez». Esta prescripción no era inútil. Proclamado durante su vida «sphinx des Batignolles (1) y poeta sibilino, le importaba precaverse de indiscretos comentaristas.

Preciso es decir que el espiritual y malicioso Mallarmé, en quien el humor anglosajón de Poe se alía al «esprit» parisién, no se olvidó de tender algunas emboscadas a esos retóricos complicados, a los que llama, no sin ironía, y para dejar en pie la leyenda de su oscuridad, sus escoliastas futuros.

El suprime la puntuación, sin duda con un propósito meramente estético, debiendo el verso aparecer desnudo a fin de hacer resaltar mejor la riqueza parnasiana de las rimas, la belleza plástica de las palabras, la unidad de cada metro, cuya puntuación natural es el margen blanco, tan rico de posibilidades inexpresadas, que termina o continúa (silenciosamente) el sentido y la sonoridad. Pero también esta falta de indicación permitirá interpretaciones diversas, anfibológicas, despistarán a los que buscan especiosas sutilezas.

Emplea frecuentemente el término o el giro gramatical de múltiples significados y sonrío tal vez, al pensar que es la acepción menos inteligible y menos natural la que se-

rá largo tiempo preferida y suministrará materia a interminables comentarios. Pero a sus amigos, los verdaderos «amateurs» de su poesía, tiene cuidado de prevenirles, invitándoles a leer sus versos con sencillez. Abórdense algunas de sus dificultades más famosas, con este espíritu de simplicidad y se verá que apenas subsisten.

El *ptyx* no es una palabra sin sentido, compuesta expresa y arbitrariamente para expresar la pura nada. (1) No guarda relación con el verso del Sátiro de Hugo, citado, a este propósito, no sé por qué:

Sylvain du ptyx que l'homme apelle Janicule.

Es puramente la transcripción literal de la palabra griega que significa la concha, la vacua caracola donde repercute el eterno rumor del mar,

Aboli bibelot d' inanité sonore,

bibelot modesto que falta también en el salón abandonado

*Car le maître est allé puiser des pleurs au Styx
Avec ce seul objet...*

Las dos estrofas finales de la admirable *Prose pour des Esseintes* dejan inquietos a los mejores lectores. Veámoslas de nuevo. Cuando el Poeta ha suscitado las maravillas de su arte poética, arte de refinamiento hiperbólico y un tanto febril, limitado por su perfección misma, arte en el que cada detalle, cada flor se convierte en un todo perfecto, suficiente en sí, mil cambiantes facetas de un diamante, mil poemas en uno solo,

*Telles, immenses que chacune
Ordinairement se para
D' un lucide contour, lacune
Qui des jardins la sépara,*

la compañera del poeta, la espiritual amante, la lectora única (*nous fûmes deux!*) como despertada de un sueño, pero instruída, docta, va por el mundo real:

*Et docte déjà, par chemins,
Elle dit le mot Anastase
Né pour d' éternels parchemins.*

La palabra, y no solamente el nombre propio *Anastasia*. Si hemos de tener en cuenta su etimología se advierte que esta palabra, además del tinte dorado y bizantino que acude, sin duda, a la punta de la pluma, anuncia desde luego la Resurrección de la poesía, la nueva vida que el arte sutil del supremo poeta ha creado para eternos pergaminos.

¡Pero no! La belleza, Pulqueria, es siempre efímera. Nacida de la Nada y del Vacío a ellos vuelve; (*sous aucun climat, son aieul*),

(1) Por Leconte de Lisle.

(2) Según T. de Wyzewa.

el artificio del arte, el excelso gladiolo, puede disimular su tumba: ella será aquí bien pronto, una vez más, cercada y deseada para siempre, como lo fueron todas sus encarnaciones precedentes, como lo serán todas las futuras:

*Avant q' un sépulcre no rîe
Sous aucun climat, son aïeul,
De porter ce nom Puéchérie
Caché par le trop grand glaïeul.*

El soneto «A la nue accablante...» que pasa por ser uno de los más difíciles pierde toda oscuridad cuando suprimiendo las inversiones, se restablece el orden de las palabras diseminadas, sugestivamente por otra parte, como los pedazos dispersos de un navío que destroza la tempestad:

«Quel sépulcral naufrage, tu à la nue accablante, basse de basalte et de lades,... abolit le mât dé vêtu.»

* * *

Llegado a este punto de comprensión, el lector de Mallarmé suele exclamar: «¡Cómo! ¿No era más que eso? Tanto rebuscamiento para describir una ventana, un salón desierto, un bajel aniquilado por el Mar. Estos poemas carecen de substancia lírica. ¿No son inútiles?».

Aquí es menester revelar uno de los secretos, el principal, de la oscuridad mallarmeana. El Poeta ha experimentado a tal hora del día, a la vista de tal espectáculo, en tal pieza de su cuarto, el fenómeno subjetivo de la emoción poética. Sus versos sólo pretenden restablecer esta circunstancia, el lugar, el momento, la atmósfera particular de su inspiración. El te coloca, lector, en las condiciones en que él mismo se encontró en ese instante supremo y singular. Tú volverás a hallar, en el poema, los objetos que él vió entonces, esclarecidos por la misma luz, bañados en la misma luminescencia o en la misma sombra de pensamiento. A tí te toca,

ahora, meditar paralelamente a él. Si tú estuvieras identificado con él por completo, tu línea de ensoñación se confundiría con la suya, exactamente. Siendo otro, se aproximará a ella, pero necesariamente ha de ser diferente. En ese sentido la obra de Mallarmé abre al sueño, dentro de límites preciosos, posibilidades ilimitadas: ninguna violencia; creación tan sólo del estado poético por la reconstitución de un escenario cuya fuerza sugestiva ha experimentado el poeta.

Mallarmé, a partir del instante en que alcanza su perfección, no nos ofrece más que marcos destinados a encuadrar los cinco o seis espejos en que el hombre ve aparecer los motivos de toda poesía. En el vacío mágico, «en el olvido cerrado por sus marcos», se fijará lo que tu propia alma es capaz de producir, lo que tu propia mirada está en estado de descubrir: nada o casi nada, el paisaje cualquiera que te rodea, si tú no eres poeta. Si tú lo eres, visiones infinitas y maravillosas como los sueños, los ocasos y las nubes.

Antes de Mallarmé el poema quedaba concluso, no bien escrito. Para Mallarmé la obra, el Libro en el que debe desembocar el Universo se forma, se desarrolla, se recomienda sin cesar. El texto, tema, no determina más que el acto inicial. Al raro y exquisito lector, al indispensable «partuer», que sabe jugar la partida, corresponde continuarla. En él y por él vive y se prosigue magníficamente el poema (1).

HENRY CHARPENTIER

Trad. de F. Señas Encinas.

(1) No huelga advertir además que muchas de esas poesías «o estudios con vista a lo mejor a la manera que uno ensaya los puntos de su pluma» son bocetos del escenario donde se desarrollará el poema sintético y final: *Un coup de dés jamais n'abolira le Hasard.*



UNA GRAN POETISA ESPAÑOLA

Hay en la labor de esta ilustré escritora, entre tantas cualidades características, dos que, en nuestro sentir, compendian, por así decirlo, su brillante personalidad en el cultivo de la poesía: la intensidad del sentimiento y la sencillez, no privada de perfección y robustez, en la forma.

Su primer libro, *Las Piedras de Horeb*, vió la luz en 1.923, y ya fué una valiosísima creación de la lírica contemporánea, que, como sabemos, ha venido ofreciendo en España contadas obras de mérito. La escritora inspirada, definida, poseedora del doble resorte de la emoción y la soltura verbal, prometía, empero las excelencias de su primera producción, ampliar notablemente el horizonte de su visión imaginativa, remontando el vuelo a los restantes parajes ávidos para su espíritu de mujer culta y sentimental. Y así vemos cómo a los tres años, en 1.926, da a la estampa su segunda y hasta ahora última obra, *Huerto Cerrado*, producción realmente admirable en inspiración y en técnica.

Pilar de Valderrama culmina en subjetividad, en sinceridad artística, con esta su obra postrera. Refiriéndose a ella, Díez Canedo—uno de los contados críticos que se han ocupado de su labor—dice a este respecto: «Encuentra Pilar de Valderrama un mundo. Es un mundo visto hacia adentro, se diría que con los ojos cerrados. Hasta las evocaciones y los conatos descriptivos de la naturaleza aparecen transfigurados por el recuerdo y como teñidos de alma que le presta el color de cada hora. Son verdaderos *estados de ánimo*, como el reflexivo solitario quería».

Si nos fuera dado, por disponer de espacio para ello, el ir subrayando aquí, o sea transcribiendo, la riqueza emocional, la variedad de la gama psicológica de *Huerto Cerrado*, haciendo notar, composición por composición, el modo original cómo aquéllas se juntan a la riqueza elocutiva — que ofrece bellas imágenes y, en todo momento, versos

de justeza sorprendente—formaríamos un mosaico que destacaría por la riqueza de pensamiento y singular subordinación al ritmo interior. Pero preferimos, a trasladar aquí esas estrofas que acotó nuestro lápiz en el libro, hacer una selección de composiciones enteras, cuya lectura cautivará al lector.

La significación de esta escritora en las actuales letras españolas sube de punto si consideramos, a

más del mérito intrínseco de su obra, otras dos circunstancias enaltecedoras de su personalidad: la carencia de destacadas cultivadoras del verso que se viene observando en todas las latitudes del área peninsular, y el modo singular cómo es poco menos que desconocida, excepción hecha de pequeño sector de la vida intelectual y literaria, su obra admirable. Lo primero confirma la secular falta de elevación espiritual de la mujer española—elevación hacia la que parece compeler hoy a ésta el sentido, no en todo favorable, de la vida moderna—que, contra lo que

acontece en las demás literaturas, entre ellas la americana, ha venido ofreciendo tan contados casos de destacadas cultivadoras. Lo segundo hay que atribuirlo a la modestia de la escritora que nos ocupa, que encontró siempre en su canto, o sea en su obra, su propia plenitud, no buscando ni aún indirectamente, el ecoico halago de la prensa que pudiera difundir sus estrofas o los críticos que pudieran, aun con justicia, elogiarla.

El caso de Pilar de Valderrama, como el de María Enriqueta, como el de Concha Espina— otras dos escritoras que, aunque más conocidas, no lo son aún en la manera debida—exige la mayor atención de cuantos nos preocupamos por dar realce a los nuevos valores que alborean, o bien por divulgar los de positiva ley que, por circunstancias diversas, no disfrutaban de la nombradía y fama merecidas.

A. D.



PILAR DE VALDERRAMA

HUERTO CERRADO

Unas tapias altas cerrando un espacio
pequeño:

pequeño tan sólo si se mira a tierra,
pero ilimitado si se mira al cielo.

Hiedra en esas tapias.

Un ciprés muy viejo
al que en mayo alegran unas golondrinas,
pone en el ocaso su perfil austero.

Las nubes muy cerca.

El mundo muy lejos...

Crece el cinamomo junto a los granados,
el mirto, el romero;
y sobre la orilla fresca de un arroyo
abren sus corolas los lirios bermejos.

De mi propio campo, de mis propias flores
soy el jardinero.

¡Con qué amor las cuido!

¡Con qué fe las riego!

De hierbas, reptiles
e insectos,

que un día pudieran secar sus raíces,
las limpio y defiendo.

Y para que nunca ningún ser profano
a ultrajar llegara mis lirios bermejos,
quisiera crecieran... crecieran... las tapias
hasta confundirse con el ancho cielo.

Por fuera la vida
y yo aislada dentro
sobre el viejo mundo
en mi mundo nuevo...

Y cuando un extraño, mirando el recinto
curioso indagara. «¿Será torre o templo?».
Alguien respondiera: «Es Huerto Cerrado
donde se cultiva la Flor de los Sueños».

ROSALES MUERTOS

Se han secado los rosales de mi huerto.
¡Se han secado!

Sobre su ramaje yerto
los inviernos han nevado.

La vereda de mi huerto, antes florida,
está gris y desolada,
¡Pobre vereda escondida
y callada...

como el curso de mi vida!

Las plantas ya no dan flores
ni los árboles dan fruto;
tras de los vivos colores
todo se vistió de luto
por los fugaces amores.

¡Ayl veredita escondida,
toda luz, toda fragancia
al comienzo de mi vida.

¡Y qué lejos ya perfume, luz, infancia!

De nuevo otra primavera
ha de inundarte de aromas y de luz.
¡Si yo un instante pudiera
verte, como en la primera
juventud!

Sobre los rosales muertos hoy, acaso
otros frutos y otras flores nacerán:
y otros seres, paso a paso,
la vereda que yo anduve, andarán...

Se han secado los rosales de mi huerto,
¡Se han secado!
Sobre su ramaje yerto
todo mi pasado muerto
he llorado...

LA CANCIÓN MÁS BELLA

Quiero cantarte mi canción de amores.
Quiero cantarte mi canción más bella.
Para ello pediré luz a la estrella,
voz a los armoniosos ruiseñores.
Ven; entre los aromas de las flores
quiero cantarte mi canción más bella.

Era un atardecer del claro estío,
cuando la sangre hirviente el cuerpo abrasa;
para calmar la sed parece escasa
todo el agua que lleva el ancho río.
Ninguna tarde cual la tarde aquella,
tan lejos me encontré de mis dolores.

Ven; entre los aromas de las flores
quiero cantarte mi canción más bella.

Mi corazón sentía tanto anhelo,
tanto ardor contenido, ¡tantas cosas!...
Quería ser la esencia de las rosas
y ser del ave el silencioso vuelo;
en el brillo fugaz de una centella
llegar donde no llegan los azores.

Ven; entre los aromas de las flores
quiero cantarte mi canción más bella.

Resplandecía Venus a lo lejos;
ya la luna a mirarnos se asomaba,
su clara luz el campo iluminaba;
el sol daba los últimos reflejos.
Descendía la noche, en torno de ella
de la tierra se alzaban mil rumores.

Ven; entre los aromas de las flores
quiero cantarte mi canción más bella.

Más si aún la canción no te he cantado
¿por qué tiembla mi ser, mi voz se apaga,
si aquello que al oído tanto halaga
y el corazón aguarda, lo he callado?
En vano demandé luz a la estrella,
voz a los armoniosos ruiseñores...

Para mejor cantarte mis amores
me dió el silencio su canción más bella.

SUGESTIONES DE UNA PÁGINA DE "EL INFIERNO"

DE H. BARBUSSE

Una pesadilla no es muchas veces más que un acceso de terror...

Fisiología de las pasiones.—
J. L. Alibert.

Una vuelta y después otra. Dió de lado a la almohada y el frescor de la sábana apagó un tanto el ardor de las sienas. Trató de no pensar y hasta, en ocasiones, cortaba la respiración para anular así mejor el proceso imaginativo. No movía un solo músculo.

Primero fué la sensación de un pinchazo; después otro, otro y otro... Más tarde, era ya un hormigueo localizado en el lado izquierdo del pecho que, poco a poco, se fué corriendo hacia las extremidades.

Cambió de postura y, transcurridos breves instantes, se manifestó con mayor fuerza el prurito nervioso. Trató de hallar alivio y, contra costumbre, descansó sobre las espaldas. Con ello pareció disminuir el hormigueo.

De vez en vez, una puerta mal ajustada se abría y cerraba a impulsos de un viento violento con ruido desagradable y monótono.

Por muchos esfuerzos que hacía no podía quedarse dormido.

Una campanada en el reloj de la Catedral y el batirse repetido de la puerta, lento, quejoso, estruendoso en el silencio de la noche sin fin.

Abrió los ojos en las sombras y perdió la orientación de las cosas de su habitación, la orientación del lecho sobre el que se agitaba su cuerpo bajo la alucinación del insomnio. Llegaba a la fiebre. Sirtióse humedecido en lo alto de la frente, donde comienza el cabello, y en la ingle por copioso sudor. La ropa le molestaba y parecía pesar mucho más que otras veces.

Una vuelta y después otra... No pudo resistir más tiempo la angustia que le envolvía y encendió la luz. Los párpados le pesaban y

la brusca claridad les hacía plegarse protegiendo las pupilas.

Ya habituadas a ella, tomó un libro que aparecía caído sobre la alfombra y lo abrió al azar.

Y leyó: «Abro un libro que tengo aquí. Me abismo en los pormenores. Me entero de lo que me aguarda después de la muerte! Aprendo en ese libro mi historia futura.

Los bichos de los cementerios se suceden por períodos. Cada especie llega a su tiempo, de suerte que se conoce la edad de un cadáver por la clase de insectos que en él se ceba. Observánse así, al través de los cuerpos sin vida, ocho inmigraciones sucesivas que corresponden a las ocho fases de la fermentación pútrida, por obra de la cual se exterioriza poco a poco el interior del cuerpo».

Siente repugnancia, mas, algo superior a él, le hace proseguir en la lectura. Hay un momento en el que las letras del libro adquieren movimiento comenzando a reptar, cual miriadas de gusanos, sobre las hojas amarillentas que semejan trozos de cráneo.

Muy pronto, todo él, se convierte en una inmundicia gusanera que, desbordándose de las páginas, se escurre en el lecho por el embozo de las sábanas. Se siente cercado por ellos y, sin verlos, los ve cual si los mirara desde una altura. Contempla su vida rudimentaria y viscosa que resalta sobre la blancura de las sábanas.

Todos son negros, muy negros, y manifiestan la forma de caracteres de imprenta que sufren alargamientos y contracciones.

¿Cuántos son? ¿Mil?... ¿Dos mil?... ¿Un millón...? ¡Quién lo sabe!... Aumentan sin cesar y, sin embargo, ocupan el mismo espacio que en los primeros momentos de la original invasión.

El libro se ha convertido en un verdadero

vomitorium de asaltantes. Quiere arrojarlo lejos de sí mas no puede.

...¡Pero si es un trozo de queso lo que tiene entre las manos! Ahora comprende los saltos fabulosos que dan los gusanos; el doble salto mortal de estos bichos que semejan letras rezumando tinta acre.

Vuelve a mirar, y, otra vez es el libro el que oprime entre los dedos.

Esta falta de formalidad no le hace ninguna gracia.

II

La sala es larga, muy larga, y él es uno más entre los que en ella sufren de laceria. Las camas están en ringlas y enfrentándose a ambos lados del pabellón, blancas, muy blancas.

Blanco el estuco de las paredes y, blancos también, los blusones de las enfermeras y de los alumnos internos de Medicina que van estudiando cada caso patológico entre risas y bromas contenidas. Y de un blanco lechoso, la luz de un día saturado de nubes.

Han penetrado por un extremo de la sala y ya se fueron por el otro dejando silencio. Un grito, un gemido, una imprecación...; después, la santa calma como *ritornello* de todas las horas.

Él, hoy, se siente peor que antes, que ayer, que otro día cualquiera. Va estudiando el declinar de su propio organismo, y observa, bizqueando, cómo la nariz momento por momento se va afilando lamentablemente, y cómo los huesos de las manos se pronuncian bajo la piel.

Hace tiempo que espera al emisario de la muerte: a esa pequeña mosca llamada *curtoneura*. Aguza el oído para escuchar el bordoneo de ella pues sabe que pronto ha de llegar. El temor que abriga es que su llegada coincida con los breves instantes en que la carne y el espíritu, fatigados por las interminables vigiliass, intentan descansar.

Por fin ha llegado. Una, dos, tres, cuatro...; acaso compongan la docena. Ha tenido que

cerrar los ojos y la boca ante la insistencia y tenacidad de ellas, y ha percibido la cosquilla de sus patas en las fosas de las narices.

Va, paulatinamente, perdiendo la sensibilidad aunque se da perfecta cuenta de todo lo que ocurre en su redor.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido? No lo sabe. Mas, ha visto que unas manos de mujer han subido el embozo de la sábana del lecho tapándole la cabeza. Él, ha puesto este comentario a la escena: *consummatum est...*; y ha quedado tan tranquilo.

Desde este momento las percepciones se le presentan muy borrosas cual entrevistas a través de un cristal empañado. Tuvo idea que le desplazaban del lecho en que yacía, tratando más tarde de introducirle en un receptáculo alargado que le iba estrecho. Y así varias veces hasta que le depositaron definitivamente en uno, en el que a decir verdad, no se encontraba muy a su gusto.

Después... Un golpe y la oscuridad perfecta; un movimiento de derecha a izquierda y de abajo a arriba que, por la duración, se hacía ya insoportable. Por unos instantes, la quietud, interrumpida a poco tiempo por un descenso cabeceante y nada majestuoso.

Más tarde, un golpe, y después otro y otro... y muchos más... Renació la calma.

Ahora fué cuando comenzó la tragedia. Las moscas, dermestos, anglosas, loncheas, cada clase en su tiempo, le asaltaban transformando la estrechez del recinto en algo ondulante y animado.

Quiso mover la cabeza, y las sienes se resintieron al chocar contra las paredes laterales de éste. Intentó alzarse, y por muchos esfuerzos que hizo no lo pudo conseguir. Sintió repugnancia, asco, y redobló los esfuerzos tratando de huír, incapaz para la lucha. Y notó que se presentaba la asfixia, que iba faltando el aire a sus pulmones.

* * *

Abrió los ojos. Todo su cuerpo descansaba sobre ambos brazos caídos bajo las espaldas tratando de izarlas.

El susto sufrido le duró más de una semana.

ANGEL MONREAL (hijo).



EL CÁRTEL DEL ACERO Y LOS ACUERDOS DE THOIRY

La constitución del Cártel franco-alemán del acero, señala una etapa importante de la concentración capitalista internacional.

Origen del Cártel

Desde 1913, el consumo mundial de acero solo aumentó en los Estados Unidos, donde la industria nacional satisfacía casi todas las necesidades. En los demás países no aumentó el consumo pero sí la producción

a) Antes de la guerra, la industria metalúrgica francesa importaba el cok de la cuenca del Ruhr. El tratado de Versalles ha devuelto a Francia sus minerales, sus fábricas metalúrgicas, aumentando de este modo la necesidad de cok de la industria francesa.

b) De 1919 a 1923, los magnates del Ruhr (carbón) y los de Lorena (hierro) sostienen una lucha encarnizada cuya expresión violenta fué la ocupación de la cuenca del Ruhr por el gobierno Poincaré (Comité de Forjas).

La gran industria francesa esperaba arreglar su litigio con los concurrentes alemanes por la fuerza, apoderándose de los yacimientos hulleros del Ruhr.

La oposición anglo-americana y las dificultades financieras de Francia, hicieron fracasar este proyecto.

c) Durante el período de la baja del marco, los industriales alemanes invirtieron grandes capitales en la industria siderúrgica. Se benefician además con los créditos americanos. Elevan su capacidad productora. La producción de hierro y acero alcanza al 120 % de antes de la guerra. Permite a la industria alemana librarse de la concurrencia del hierro lorenés y aun suplantar a los industriales de Lorena en el suministro de productos metalúrgicos a las fábricas de transformación de la Alemania del Sur.

d) La estabilización del marco cambió las relaciones entre los industriales franceses y alemanes. La estabilización del marco impedía a Alemania exportar barato mientras que la depresión del franco permitía a la industria francesa inundar la Alemania del mediodía y del sur, de mineral y productos semireminados. Para luchar contra esta concurrencia, los industriales alemanes trataron de mantener a elevado nivel los precios interiores por medio de tarifas aduaneras proteccionistas.

A fines de Enero de 1925 termina el régi-

men aduanero de favor que beneficiaba a Francia desde el tratado de Versalles.

e) Para permitir a la metalurgia francesa introducir sus aceros en el mercado alemán, los delegados de la siderurgia francesa pidieron la reducción de los derechos protectores alemanes.

Los alemanes formularon esta contraproposición: admitir en Alemania, en condiciones especiales, un contingente determinado de acero lorenés sin tocar los derechos de aduana.

Y sobre esta base se elaboró el acuerdo de 30 de Septiembre de 1926.

Funcionamiento del Cártel

a) Se han adherido al acuerdo de 30 de Septiembre: Alemania, Francia, Bélgica, Luxemburgo, el Sarre.

El acuerdo consta de dos partes:

1.^a El acuerdo franco-alemán sobre la importación de acero francés en Alemania. El acero francés será comprado y vendido por el sindicato alemán (este acuerdo entra en vigor desde la firma del tratado de comercio franco-alemán).

2.^a El acuerdo propiamente dicho o el Cártel.

b) La entente ha tomado como base una producción total anual de 25.287.000 de toneladas, cifra ligeramente superior unas cuatro veces a la producción de los cinco países contratantes durante el segundo trimestre de 1927 (6.597.000 toneladas) y que podrá llegar en los años sucesivos hasta 30.560.000 toneladas. La distribución entre los países es la siguiente.

Alemania, 43,18 por 100; Francia, 31,18 por 100; Bélgica, 11,56 por 100; Luxemburgo, 8,30 por 100; Sarre, 5,70 por 100.

Cada trimestre, el organismo central del Cártel, a medida que vaya recibiendo las estadísticas de producción de cada país, procederá a un ajuste de la producción con relación a las necesidades aproximadas del mercado mundial. Sus decisiones se transmitirán a los organismos nacionales que procederán a un nuevo reparto entre las firmas adheridas.

Todo adherido que sobrepase el porcentaje señalado, entregará al organismo luxemburgués cuatro dollars por tonelada producida de más. Por el contrario, si no ha alcanzado su tanto por ciento, recibirá dos dollars por tonelada, sin que sin embargo el déficit de producción pueda exceder del 10

por 100. Habrá, por lo tanto, una caja central de compensación, con un fondo de garantía constituido por la entrega de un dólar por tonelada de acero fabricado, adelantado que, al terminar el ejercicio, será devuelto a las fábricas productoras.

El Cártel, Inglaterra, Estados Unidos y Rusia

a) Los metalúrgicos belgas, a quienes se había concedido primeramente una cuota-parte de 205.000 toneladas, obtuvieron, como reclamaban, un suplemento de 30.000. Fueron incitados a formular esta reclamación, por Inglaterra, cuyo capital domina en Bélgica y que ve con inquietud la constitución del Cártel.

Inglaterra no se ha adherido al Cártel a causa de la desorganización de su metalurgia, que estaba paralizada a consecuencia de la huelga minera (en Junio produjo 75.000 toneladas de acero en vez de 1.200.000). No hubiera podido obtener un contingente de fabricación en relación con sus capacidades.

Aunque la decisión inglesa esté subordinada a la solución de la huelga hullera y a los resultados de la Conferencia de los Dominios, el ingreso de la Gran Bretaña en el Cártel parece probable, porque es el único medio de evitar las pérdidas que le causaría la concurrencia continental y una garantía para el sostenimiento de los precios elevados en Europa.

Bélgica, cuidadosa de apoyarse en Inglaterra, eventualmente, para hacer frente al bloque franco-alemán—así como Alemania—fomenta la entrada de Inglaterra en el Cártel.

b) El Cártel piensa realizar un frente único:

Contra Rusia, en cuyo mercado se eliminará toda concurrencia que trate de imponer precios usurarios.

Contra los Estados Unidos, para poder rechazar la concurrencia americana en el mercado mundial, principalmente por medio de un dumping posible en vista de los beneficios realizados con los precios elevados en Europa.

c) El Cártel europeo tendrá pronto su apéndice en la Europa central. Se constituirá en Viena una asociación del hierro que comprenderá la Checoslovaquia, Hungría, Austria, esta última dominada por la Sociedad Alpina Montan en manos de un trust alemán.

Paralelamente al Cártel del acero se constituyen otras asociaciones que tienden a englobar las empresas europeas dedicadas a la misma producción. Entente de la potasa; sindicato de lámparas eléctricas (Alemania, Francia, Estados Unidos); Cártel del rail (Francia, Bélgica, Inglaterra, Polonia); en

preparación, la entente del benzol (Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica); del cobre, de la kola, de la industria textil. Así se generaliza la política de la racionalización.

La constitución de tales cártels no causa la desaparición de las rivalidades intercapitalistas, puesto que ya se entrevee la posibilidad de constituir bloques antagonistas en el seno de las asociaciones internacionales. Otra de sus consecuencias es que mantienen los precios elevados en el interior, es decir que encarecen los productos elaborados, a expensas de los consumidores. Intensifican la lucha contra la clase obrera.

La constitución del Cártel del acero, pues, representa la base económicamente sólida de la política continental presente. Las negociaciones entre industriales franco-alemanes habían precedido a las conversaciones diplomáticas en 1924, como las reuniones de los *expertos* anglo-sajones y la conferencia sobre las reparaciones precedieron a la negociación de Locarno. Las conversaciones de Ginebra y de Thoiry son la traducción, en el terreno político, de las necesidades económicas de la hora actual.

De Locarno a Thoiry

Puede resumirse del modo siguiente los móviles que inspiraron la política británica que condujo a la conclusión del pacto de Locarno.

En 1925, el Imperio sufre grave crisis; ha perdido gran parte del mercado europeo; en sus Dominios y colonias se desarrolla una economía independiente; la producción del acero, del hierro y del carbón disminuyen; el paro aumenta; los obreros se orientan hacia procedimientos de lucha más radicales; los oprimidos coloniales se agitan.

Estos factores asignaban a Inglaterra los fines políticos que consiguió en Locarno: restablecer entre Francia y Alemania el equilibrio roto por el tratado de Versalles; eliminar a Francia de la dirección del concierto europeo, cortando las ligaduras que unían a París con Praga y con Varsovia (aprovechándose para ésto de las dificultades financieras de Francia comprometida en dos guerras coloniales); desviar al Reich de la Rusia soviética abriéndoles las puertas de la Sociedad de las Naciones; y constituir un bloque europeo dirigido contra Rusia y contra los pueblos coloniales. Alemania se adhirió a la política de Locarno por su gran necesidad de créditos anglo-sajones y porque esta adhesión representaba para el Reich la posibilidad de valorizar para el futuro reivindicaciones políticas precisas: Sarrre, Dantzig, pasillo polaco, Eupen y Malmedy, Alta Silesia, mandatos coloniales.

Entre 1925 y 1926 la crisis británica se ha agravado. Durante once días, la huelga ge-

neral paralizó a Inglaterra. La prolongación de la huelga del carbón afectó todas las industrias de la Gran Bretaña.

Durante los cuatro meses que duró el lock-out, las importaciones disminuyeron en 25.500.000 libras esterlinas; las exportaciones en 46.000.000 millones y las reexportaciones de mercancías de origen extranjero en más de 13.500.000 libras.

La disminución total del comercio desde el 1.º de Mayo se ha evaluado en 85.250 000 libras esterlinas.

En el mismo tiempo las importaciones de carbón fueron aumentando; en Agosto, unos 4 millones de toneladas; en Julio, 2.300.000; en Junio, 600 000.

Durante los ocho primeros meses de 1926, la industria hullera ha perdido más de 17 millones de libras (por la exportación del carbón) que en 1925 y más de 32 millones con relación a 1924.

Las corrientes de independencia se han desarrollado en los Dominios, en las colonias y pueblos oprimidos, como lo atestiguan las elecciones egipcias y canadienses y los sucesos de China.

Paralelamente a esta crisis del imperialismo británico se ha producido una consolidación de la burguesía alemana que, durante un año, supo aprovecharse de la ayuda económica de América, de la colaboración política británica, sin romper sin embargo con Rusia (tratado germano-soviético).

Los factores que inspiraron la política británica en Locarno, en 1925, guían los esfuerzos británicos en 1926, para realizar en la conferencia de Ginebra la entrada del Reich en la Liga. Pero inmediatamente después de la adhesión alemana a la Liga, la crisis británica y el resurgimiento alemán se manifiestan con claridad en Thoiry.

Con 65 millones de habitantes que viven en un territorio insuficiente, poseyendo una gran industria concentrada, el Reich necesita exportar sus mercancías y sus capitales. Necesita reconstituir el territorio que poseía, anterior a Versalles, proseguir su política continental de antes de 1914 y poseer las colonias.

A su vez, la gran industria francesa espera encontrar en el Cártel del acero el sostén necesario para evitar la crisis de mercados que resultará inevitablemente de la estabilización del franco, si la industria francesa de transformación debe restringir su producción. Necesita, además, créditos exteriores durante la realización de la estabilización del cambio, y Alemania se los ofrece haciéndola esperar que podrá prescindir de América. Aquí radica la lucha contra América.

Sobre estas bases se elaboró el proyecto de acuerdo de Thoiry, cuyos términos indicó

del modo siguiente la prensa oficiosa de Alemania:

1.º Evacuación de Rhenania por las tropas francesas.

2.º Rescate del Sarre.

3.º Neutralidad de Francia en las negociaciones eventuales franco-belgas con motivo de Eupen y Malmédy.

4.º Movilización de las obligaciones ferroviarias alemanas.

Pero a pesar de los intereses económicos evidentes que empujan a ambos capitalismo a unirse, las divergencias de intereses hacen el acuerdo difícil, y las negociaciones de Thoiry son problemáticas.

La crisis británica

Tal cual es, el proyecto de acuerdo de Thoiry modifica radicalmente la orientación de la política europea.

El equilibrio franco-alemán, controlado por Inglaterra, es sustituido por una entente directa entre Alemania y Francia, de la que Inglaterra está excluida y que se sustrae a su vigilancia.

La Gran Bretaña cesa de ser el árbitro en la política europea. Y esto cuando el marasmo de su situación económica y financiera es más profundo que nunca: pierde posición tras posición en la Europa central; está aislada en China y gravemente perjudicada por los efectos del boycott.

Para salvar el sistema de Locarno trata de crearse un medio de presión sobre Francia en el Mediterráneo favoreciendo las reivindicaciones coloniales de Italia (entrevista de Livorno); favorece las intrigas polacas contra Lituania y las negociaciones polaco-alemanas. (En cambio de Lituania, Pidsuksi devolvería Dantzig a Alemania, que a su vez denunciaría el tratado germano-soviético).

La recrudescencia alemana

El tratado de Versalles excluyó a Alemania del rango de las grandes potencias. (Pérdida de las colonias, confiscación de capitales en el extranjero, ocupación militar, destrucción de la flota de guerra, indemnización de reparaciones).

Actualmente, la burguesía alemana ha conseguido obtener la ayuda del capital americano. América ha tomado por su cuenta la regulación de las reparaciones. El empréstito americano ha permitido la estabilización de la divisa alemana. La burguesía alemana que, en 1923, había temblado ante la revolución obrera, ha conseguido rechazarla y se refuerza política y económicamente. La estabilización relativa del capitalismo europeo ha despertado las esperanzas de la burguesía alemana que está echando las bases de un nuevo imperialismo.

Buen número de condiciones importantes del imperialismo moderno existen en Alemania. En las principales ramas de la producción: hierro y carbón, industria química, industria de la potasa, industria electro-técnica, Alemania tiene la parte principal de los monopolios mundiales. El trust alemán de los colores es una gran potencia internacional. El trust alemán del acero refuerza su posición mundial por las negociaciones con Francia y Bélgica. La carencia de capitales, provocada por las consecuencias del período de inflación, ha disminuido considerablemente desde 1924. Desde principios de este año el mercado financiero interior está adquiriendo mucha importancia.

La Sociedad de Naciones puede hacer, en el dominio de la reconstitución del imperialismo alemán servicios tales, que la orientación presente de la política exterior del Reich determine un agrupamiento de los partidos, la adhesión de los grandes industriales en torno a la política de Stressemann, un esfuerzo para constituir la gran coalición. El llamamiento del industrial Silverberg a los socialistas y la dimisión de Von Seeckt caracterizan este agrupamiento de los partidos alemanes. Los socialistas ya han declarado que están dispuestos a colaborar en el Poder.

En el terreno diplomático, ligado a Francia e Inglaterra, el Reich puede jugar, alternativamente, la carta francesa contra Inglaterra y la carta inglesa contra Francia. Ligado aún a la Unión soviética, puede utilizar el tratado germano-soviético como instrumento de presión contra Francia e Inglaterra.

La rivalidad Europa-América

La política de Thoiry no está caracterizada sólo por la crisis del imperialismo inglés y por el resurgimiento del imperialismo alemán.

Es, además, la primera tentativa seria de dos grandes burguesías deudoras para evadirse de la tutela americana.

El plan Dawes ha colocado a la economía alemana bajo el control extranjero. La Reichsbank y los ferrocarriles alemanes están en poder del capital extranjero. Los imperialistas alemanes de hoy, no sólo tienen que soportar la ocupación francesa, sino que no pueden disminuir los impuestos sin permiso del extranjero. Las obligaciones de las reparaciones constriñen a Alemania a prestaciones anuales que representan para su economía la pérdida neta de mil millones y medio de marcos oro al año, suma que se elevará, durante los años próximos, a mucho más de dos mil millones y medio de marcos oro.

Por su parte, Francia necesita créditos. No puede obtenerlos de América sino ratificando el acuerdo Mellon-Bérenger. Así es que trata de conseguir la ayuda eficaz del capitalismo alemán. Y ambos capitalismo se sostienen contra el acreedor de Wall Street.

Así se explica el descontento en los Estados Unidos que provocó el proyecto de acuerdo de Thoury. La oposición americana puede hacer que fracase la operación proyectada (movilización de las obligaciones alemanas) por dos motivos:

1.º Solo el agente de transferencias de la Comisión Dawes puede disponer de las obligaciones de los ferrocarriles alemanes. Si mantiene el principio de que los pagos previstos por el plan Dawes no pueden transferirse fuera de Alemania, las obligaciones no podrán ser vendidas ni servir de garantía para un empréstito en el extranjero.

2.º La operación proyectada necesita además el apoyo completo del mercado americano, único susceptible de recibir estas obligaciones o de conceder un empréstito garantizado por las mismas.

Este apoyo americano es problemático y está subordinado en todo caso a la ratificación del acuerdo Mellon.

* * *

De lo que precede pueden resumirse así las características de la situación mundial después de las tentativas de acercamiento franco-alemán:

a) Decaimiento del poderío británico, herido en la Metrópoli y en las colonias lejanas. Preparados por Inglaterra, los instrumentos de Locarno se vuelven hoy contra ella:

b) Resurgimiento del imperialismo alemán que se aprovecha de la ayuda anglo-sajona y de su entrada en la Sociedad de Naciones para reconstituir su poderío temible de antaño.

c) Tentativa del imperialismo francés para sacudirse la tutela británica por una aproximación directa con Alemania:

d) Transformación en el interior del sistema europeo de bloques rivales sobre el tipo de las alianzas anteriores a la guerra (franco-alemán, anglo-italiano, italo-rumano, etc.):

e) Tentativas de aislar a Rusia dirigidas por Inglaterra, inquieta por la propaganda rusa entre la clase obrera inglesa y entre los pueblos del Extremo Oriente:

f) Lucha agravada entre los Estados Unidos y Europa, en cuyo interior el bloque franco-alemán trata de sustraerse a la tutela yanqui.

GABRIEL PERI

NUESTRAS POSESIONES DEL AFRICA ECUATORIAL

Pocas son las ideas y las consideraciones que respecto de la Guinea española se pueden arrojar en la superficie de cinco o seis cuartillas. La limitación de una plana de la revista requiere que se proceda por rasgos sumarios. Comencemos, pues, al hablar, por sus resaltes históricos; es decir, por aquellos motivos que vinieron a manos del Estado español y las vicisitudes que corrieron de entonces al momento presente. Sobre la fertilidad del suelo guineal y las riquezas que allí se esconden y que una mano inteligente ampliamente conductora puede derramar sobre el casco de la Península, hartamente se ocupan a diario en la Prensa gentes que allí han residido, convertidas—tal parece—en cronistas oficiales.

En 1778, Carlos III, de acuerdo con María I de Portugal, suscriben un Tratado donde se determina que a partir del 11 de marzo del mismo año, se ceda a España «la isla de *Annobón*, en la costa de Africa, con todos los derechos, posesiones y acciones que tiene a la misma isla, para que desde luego pertenezca a los dominios españoles, del propio modo que hasta ahora ha pertenecido a los de la Corona de Portugal; y así mismo todo el derecho y acción que tiene o puede tener a la isla de *Fernando del Poo*, en el Golfo de Guinea, para que los vasallos de la Corona de España se puedan establecer en ella y negociar en los puertos y costas opuestas a la dicha isla, como son los puertos del río *Gabaón*, de los *Camarones*, de *Santo Domingo de Cabo Fermoso* y otros de aquel distrito».

España dió en permuta, la isla Catalina y la colonia del Sacramento, ambas enclavadas en tierra suramericana. ¿Qué área de kilómetros cuadrados entrañaba aquel Tratado convenido por los monarcas ibéricos por virtud del cual, regimos en Guinea y tanto se escribe actualmente? Según ilustres tratadistas alcanzaba alrededor de 190.000. ¿Cuántos quedan en nuestras manos? Unos 28.000. He aquí un argumento candente, una horrible cántarida para aplicar a los hipérestésicos nacionalistas, a los que se complacen en cantar las aptitudes colonizadoras de la raza española. No; no se confunda el arte ardoroso de la conquista, con los rasgos pacientes y características del trabajo colonizador.

Nada más abrumadoramente melancólico como el padecimiento de estos lugares después de venir al dominio hispano. Padecimiento de abandono. Tanto, que los ingleses se instalaron en ellos al ver el total desam-

paro en que los tenían sus verdaderos dueños. Pero lo peor se advierte luego, cuando, reclamados y hechos valer los derechos, no los quisimos ocupar tampoco, o mejor dicho, dejamos como regentes y al cuidado de nuevos asaltantes a los mismos ingleses. Los españoles no querían nada con semejantes tierras, porque quien se arriesgaba a pisarlas, no daba la vuelta. Una nube espesa de leyenda mortífera las cubrió más adelante. Para leyendas la estirpe hispana se presta admirablemente. Los ingleses, en cambio, se aficionaban cada día más a legalizarlas para sí. E indudablemente, de lo que los españoles no querían ni oír hablar, ellos sacaban enormes ventajas. De ello es prueba terminante la propuesta de compra de Fernando Poo. Daban sesenta mil libras y se hubiera efectuado a no levantarse las Cámaras y cierta ruidosa campaña de Prensa.

A partir de este momento, como se comprenderá, España abrió un poco los sentidos respecto al valor económico de Guinea y se decide por ejercer de modo decisivo su instalación y derecho. El continente no corrió mejor suerte. A éste le cupo en suerte el gusto francés, y a no ser por el gesto heroico de los expedicionarios a lo Amado Ossorio que recorrieron parte del país levantando mapas en riña con los desmanes y la rapacidad gala y que más tarde pleitearon en París sobre dichas tierras, a estas horas, no contaríamos con un adarme de superficie legalizada en favor de España.

Las migajas que nos quedan de la Guinea continental desprendidas del vasto trozo que nos diera Portugal, se deben a la acción individual de hombres que por fortuna nunca han faltado en el curso nefando de nuestra Historia gubernamental.

En Guinea hemos perdido una cantidad de kilómetros cuadrados de terreno parecida a la que se perdió en el protectorado de Marruecos, por no poner en la gestación de los tratados nada más que una horrible desgracia.

Algún día, cuando España renazca a la vida europea en forma vertebrada, y hagan sus hombres un recuento de lo que tienen y debieran tener, saltará al pecho la amargura de tanto error acaecido, trayendo de suerte, anexa la estimación plena para los que en sentido de amplitud, trabajaron con clara y honda conciencia viéndose por tal causa luego acorralados y perseguidos por la taifa de estultos gobernantes y la voz torpe de sus camarillas.

LIBROS

Tres novelas asturianas.

Según la creencia general, la mejor novela de costumbres asturianas que se ha escrito hasta ahora, es «La Aldea Perdida», de don Armando Palacio Valdés. Sin embargo, ante esta afirmación, nosotros oponemos un recuerdo: el de la admirable obra de José Francés: «La Raíz Flotante» (1).

Ciertamente que ambas novelas son de tendencias distintas, representan modalidades diversas y denotan procedimientos opuestos, aunque propenden el mismo fin, esto es, a exaltar la tierra astur. Una, la del anciano autor de «El Maestrante», es el tipo de la novela escrita con aquel realismo que podríamos llamar pudibundo y que usaron los literatos españoles coetáneos de Valera y de Galdós; la otra, traduce la tendencia de los noveladores modernos de supeditar el elemento narrativo al elemento emocional.

Sin embargo, aún está por escribirse la verdadera novela asturiana propiamente tal. Se hallan dispersos los elementos y no ha habido todavía un escritor que los aproveche y dé cima a la novela regional de Asturias. La mitología de esta comarca privilegiada, su dialectología, la genuina «vida de aldea» de que habla Llano Roza, permanecen poco menos que intactas esperando a quien haya de adentrarse en ellas para impregnarse de su encanto y saturar de él las producciones que reflejan fielmente la idiosincrasia del pueblo astur.

No quiere esto decir que propugnemos por una novela en «bable», porque entonces se desvirtuarían las características de la novela esencialmente regional. Pero en una región donde los mitos conservan todavía su sabor profundo de paganía, donde las supersticiones son como un complemento de la existencia aldeana y donde las costumbres locales (las veladas junto al lar, la «fla», la hoguera,

los bailes) forman aún parte integrante de la vida del pueblo, repetimos, la novela netamente asturiana está por hacerse.

Algunos escritores del Norte de España, han intentado a últimas fechas realizar esta idea. ¿Nos será permitido dudar de su pura intención artística, diciendo que sólo les guía un afán mercantilista?... Saben de sobra que la mayoría de los componentes de las colonias españolas en la América, proviene de Asturias y de Galicia, y, entonces han querido explotar el sentimentalismo del desterrado, la nostalgia del ausente, la «morriña» del emigrante. El mercado se presenta bueno. Y con habilidades de utileros teatrales, arman en un santiamén una decoración convencional, que, por ficticia, siempre es la misma; la moza que en el puebluco espera al novio que partió en busca del oro legendario; el castañar; el retorno del «indiano» desdeñoso. Una salpimienta de vocablos regionales y el libro queda listo para... Ultramar!

Seguramente que no ha sido esta la intención de los autores de tres novelas asturianas, que con cortos intervalos he recibido y que han originado las anteriores digresiones. Llámense ellas: «Sin Testigos y a Oscuras» por Constantino Suárez, que ha popularizado el seudónimo de «Españolito»; «La Moza del Castañar» del querido y bizarro Alfonso Camín y «El Hombre que no Encuentra Mujer» de C. Martínez Riestra.

Estos tres escritores han viajado largamente por América. Camín y Martínez Riestra compartieron nuestro pan durante años. Tienen, por lo tanto, esa afinación del sentimiento estético que se adquiere con los viajes y que insensiblemente nos hace descubrir en la tierra natal detalles insospechados, paisajes que permanecían incógnitos, rasgos espirituales que forman lo inconfundible de una raza.

Diestros en el oficio por sus andanzas en periódicos y por sus valimientos literarios, cristalizados en varios libros, se hallaban en la obligación de realizar obra duradera y sobre todo verdadera.

¿Lo consiguieron en sus respectivas novelas?

(1) No tengo para qué citar aquí la estupenda novela de Pérez de Ayala: «La Pata de la Raposa», que es quizás la obra de ambiente asturiano más vigorosa como estudio psicológico de aquel ambiente regional. Conceptúola también como una de las mejores producciones novelísticas de Pérez de Ayala.

El bravo Camín, a quien tuvimos el honor de introducir en los círculos artísticos de México, ha hecho en «La Moza del Castañar» un poema en prosa.

Resultaba difícil que este poeta, que lo es de la cabeza a los pies, pudiera de pronto abandonar el casco literario de Garcilaso para blandir la espada cervantina. Poeta siempre, su novela está sobrecargada de imágenes. Para él la trama novelística es lo secundario. Primero la forma y luego la intriga. Pero se olvida de que se necesita ser un estilista consumado para tener estas arrogancias. Repuja sus frases como puñales damasquinos y el relato se ahoga lamentablemente en esa tropical eflorescencia de trops. No en vano vivió entre la exuberancia lujuriosa de nuestros bosques. Y por ello, el enredo de su obra resulta a la postre un poco ingenuo, por más que su brusco final «terrorista», tímidamente insinuado, dé al epílogo una nota original.

En cambio, en «Sin Testigos y a Oscuras», se nos presentan lienzos de vida lugareña diestramente pintados; pero con una destreza ruda, de pintor primitivo, sin matices delicados. El lenguaje es corriente, casi vulgar, a veces pedestre. Y aquí cabe decir que la llaneza del estilo no significa trivialidad. Se puede ser diáfano sin ser vulgar. Los tipos están mejor delineados que en el libro de Camín. El autor, más a ras de tierra que el poeta de «Alabastros», supo ver a sus personajes. Y saber ver para un novelista equivale a ganar la mitad de la partida. Pero sus personajes son muñecos de trapo, maniqués sin alma que desfilan dentro del marco de un lenguaje que no está ennoblecido por ningún cuidado de la forma ni por ningún chispazo de análisis psicológico. La narración resulta una serie de fotografías fielmente tomadas y en las que todos los asturianos reconocerán a gentes que han visto y tratado, pero que les harán exclamar: ¡Qué gran parecido tienen, pero qué mal tomadas por el fotógrafo! Su ambiente, en cambio, es moderno y sus tipos se mueven en los días que vivimos.

Martínez Riestra, alardeando de cierto cosmopolitismo a que le da derecho su estancia en el sur de los Estados Unidos, hace aparecer en su novela el elemento exótico de una «miss» cuya manía epistolar trasciende a lenguas a señorita estudiante de español de una universidad norteamericana. En esas misivas que forman como la preparación del drama, se hace gala de erudición barata, para después darnos a conocer a los protagonistas de la novela, que son, en primer término, él, un mozo que ha corrido mundo y que, llega un sí es no es desentado a la «tierrina» y ella, una chica de enfermizo y flebe corazón. Si fuéramos a guiarnos por los tipos femeninos que nos presentan Martínez Riestra y Camín, la mujer asturiana resultaría una niña cursi y

medrosa, en vez de la varona fuerte y garrida que todos conocemos. La heroína de la novela de aquél muere de un súbito ataque cardíaco y la de Camín se vuelve loca de buenas a primeras. Como se comprenderá, esos dos recursos novelísticos ya están completamente pasados de moda y es lamentable que aún los empleen literatos de la talla del autor de «Quesque Tandem...?» que conoce de sobra los misterios del arte de hacer bellos libros.

En «El Hombre que no Encuentra Mujer», hay, desde luego, páginas de atinada observación, impecables dentro del costumbrismo, no obstante de hallarse recargados de colorido local. La descripción que allí se lee de la «Foguera» da la impresión viva de lo que es ese inocente y pintoresco entretenimiento de la gente astur.

Y bien, resumiendo: las novelas de Martínez Riestra y de Camín formarían una obra acabada si fundieran las hermosuras que tienen, desechando lo que le sobra de lirismo a la una y de digresiones inoportunas a la otra. Sus dos finales, por inverosímiles, merecerían ser olvidados por sus autores. La «foguera» de Martínez Riestra, y la «esfoyaza» de Camín, arrancadas de los respectivos libros, resultarían sugestivas acuarelas, que, aisladas lucirían con toda su esplendidez de matices.

Pásese por alto la profusión de vocablos en dialecto asturiano que se encuentran en algunos capítulos, y en último caso, recordemos las palabras de Palacio Valdés al autor de «Orbayos de la Quintana»; porque su lenguaje sólo lo entendemos un número reducido de españoles, los que nos hemos criado en la «tierrina», los que hemos comido las castañas y la borona al pie del lar, los que hemos bailado al son de la gaita, los que hemos gritado ¡jijujú! en las romerías.

Después de lo enunciado, diga el lector si no nos asiste razón al asentar que la novela verdaderamente asturiana está todavía por hacerse.

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ
México, 1926.

* * *

«Maravillas de la vida de los insectos», por Edward Step.—«Espasa-Calpe, S. A.» Madrid.

La publicación, en estos días aurorales del año, de la edición española del famoso libro del sabio Edward Step, insigne miembro de la *Linnean Society*, con el sugestivo título de *Maravillas de la vida de los insectos*, viene a reavivar en nosotros la atención y la curiosidad sentidas hacia estas cuestiones concomitantes con sectores de la vida aún muy poco conectados con el Arte. No hace mucho que

en un artículo sugerido por la figura y la obra de Fabre, que en Francia siguen gozando de la más viva actualidad, intentamos hacer resaltar la honda significación que ofrece el campo de estudio de esas minúsculas, pero bien admirables especies animales que parecen, en ciertos aspectos, un remedo, no ya de la vida y la organización instintiva de otras superiores, sino de las del propio reino humano. En ese trabajo hubimos de tender casi exclusivamente a dar realce a la labor del ilustre naturalista francés, aún más, si cabe, que creador de la ciencia de los insectos—con serlo tan indudablemente—verdadero *poeta de la ciencia*—en nuestra ocurrente expresión—por el modo cómo supo juntar a las observaciones entomológicas otras emociones de índole diversa de ellas sugeridas.

Pero he aquí que estábamos bien lejos de pensar que a poco se nos presentaría nueva ocasión—tan magnífica como la que entonces nos brindaba el comentario de la versión española de los famosos *Souvenirs entomologiques*—de trazar otras cuantas líneas sobre tema tan nuevo y atrayente. El nuevo libro, *Maravillas de la vida de los insectos*, ha sido excelentemente traducido por un notable naturalista español, Cándido Bolívar Pieltain, y otro bien ilustre, el Dr. Bolívar Urrutia, director del Museo Nacional de Ciencias Naturales, le ha puesto prólogo. Su presentación es, más que excelente, un verdadero prodigio. En tamaño cuarto, con más de medio millar de páginas bellamente impresas en rico papel couché, ilustrado con doce hermosísimas láminas originales a todo color y casi setecientos dibujos y reproducciones de fotografías, y, finalmente, encuadernado sólida y artísticamente en tela con rótulos dorados, constituye uno de esos raros volúmenes salidos de las prensas que verdaderamente ponen de manifiesto los modernos progresos de las artes gráficas. Con esta edición puede el público lector español e hispano americano darse cuenta de la importancia de la obra de Step, que aquí nos esforzamos en hacer resaltar, en la cual su ilustre autor muéstrase, más que verdadero observador—como lo fueron el propio Fabre, Redi, Hubner, Bonnet y algún otro sabio—admirable vulgarizador de todo cuanto, por el esfuerzo conjunto de ellos, la Entomología ofrece hoy de curioso e interesante.

Ponderar la sorprendente y proteica organización, la compleja vida, el instinto desconcertante (que en muchos casos alcanza tales proporciones que nos resistimos a considerarlo realmente como *instinto*, sino que creemos ser verdadera *inteligencia*) del reino zoológico que nos ocupa, copioso de cientos de miles de especies, es, en su pureza, tan arduo como darnos idea—nosotros, hombres llegados a la ideación ya en plena

era del adelanto discursivo—de la general ignorancia habida hasta hace poco en estas cuestiones. De aquí el enorme, y aún no bien conocido valor de los insignes intelectos de referencia, que no sólo han desentrañado el arcano de ese mundo incógnito, sino que, algunos de ellos, han vulgarizado tales maravillas en prosa, que aunque no tuviera otra característica que la de la verdad y la emoción que refleja, habríamos de considerar siempre como artística por excelencia.

¡El mundo de los insectos! Leyendo la obra de Step vémoslo aparecer ante nuestra imaginación, y diríamos que ante los ojos, tal que en un prodigioso, y suponemos que irrealizable, film cinematográfico. Aun bien despiertos, prendida constantemente nuestra atención del encanto renovado a cada página creemos, al levantar la vista, haber despertado del prodigioso ensueño, un ensueño bello como ninguno, por ser tal en sí y porque está en nuestro poder el sumergirnos en él a voluntad. ¿Cuántos ejemplos se nos da de insectos en que su laboriosidad crea obras gigantes habida cuenta de la actenia del ser? ¿Cuántos otros en que desconcierta el poder de imitación y adaptación—el maravilloso *mimetismo*—empleado bien para la defensa, bien para el ataque—medios ambos de pervivencia que por igual responden al principio del *struggle for life* de Darwin y Lamarck—de que determinadas especies están dotadas? ¿Cuántos, finalmente en que aturde la curiosísima diversidad de formas, el proceso metamórfico, el dimorfismo sexual, y ese conjunto incatalogable—y sólo simplemente describible—de hechos y fenómenos vitales constitutivos de un mundo en que, según palabras de un notable naturalista, «los actores parecen estar dominados por apetitos tan semejantes a los que dirijen y dominan a la Humanidad?»

* * *

Admirable, realmente, este libro, que no obstante entrañar la revelación de tantos inexplorados rincones de la ciencia natural y biológica, ofrece marco para las más bellas e inéditas sugerencias literarias. La forma amena de la exposición contrapesa la que en otro caso pudiera haber resultado aridez inherente a la inacabable terminología científica. Step, verdadero arquetipo del divulgador-artista—como Flammarion, como Wells y algunos otros ingenios—logra enseñar, merced a la magia de su estilo ponderado y armónico, lo mismo a jóvenes que a viejos, a cultos que a profanos, con aquella delectación que pedía el padre de la retórica clásica para la mayor eficiencia de todo discurso.

ANGEL DOTOR.

Madrid, 1926.

INDICE DE 1926

Alvarez (Valentín Andrés), «La muerte ya no usa güadaña».

Argüelles López, Dibujo de Unamuno.

Balbontín (José Antonio), «Poeta del pueblo». «¡Guerra a Don Juan!».

Balseiro (José A.), «Mi capa española».

Basch (Víctor), «El poder expresivo de la música».

Benlliure (José), Galería franciscana.

Bernal (Emilia), Poemas.

Bigot (Marthe), «El sistema americano de educación».

Buylla (Benito A.), «El alma musical rusa».

Cabrera (B.), «Investigación del mundo molecular».

Cassou (Juan), Retrato de Unamuno.

Charpentier (Henry), «Sobre Stéphane Mallarmé».

Cienfuegos (Casimiro), «El poema del piano». «Evocación de Salamanca».

Clarín (Leopoldo Alas), «La España del siglo XIX».

Contreras (Juan de), Composiciones poéticas. Poemas. «Agua de Balsain».

Cornejo Caminero (Emilio), «La tragedia del terruño». «Elegía en el agro». «Estampas de Castilla». «Amanecer».

Díaz (Aníbal), «Anochecer».

Domingo (Eugenio), «Viriato visto a través de dos mentalidades». «Observaciones sobre Ortega y Gasset».

Dorado Martín (José), «La esfinge dormida».

Dotor (Angel), «Los trashumantes». «Las luchas fratricidas». «La poetisa Rosario Sansores». Semblanza de Juan de Contreras. «Segovia». «Balada del Sembrador». «La ingratitud de Andrés». «Una gran poetisa española: Pilar de Valderama».

Escobar (Julío), «Tierra castellana».

Espina (Concha), «El fraile menor».

Fernández Morera (Anastasio), «La Caverna del miedo». «La conjura del Hado».

Figueira (Gastón), Poemas.

Fourrier (Marcial), «La liberación de China».

Gamoneda (A.), «Algo acerca de mi fe».

García de Diego (Vicente), «Problemas etimológicos».

Gijón Marín (J.), Dibujo a pluma.

Giner (Ramón), «Perspectiva práctica de hispano-americanismo». «Visiones de Holanda».

Goico-Águirre (Faustino), Apuntes del natural.

González Arrili (B.), «Amarás». «El clásico Francisco Sánchez y su Nihil Scitur».

Gorvel, Retrato de Jean Giraudoux.

Hernández Luquero (N.), «Tristeza de ciudad».

Jiménez de Asúa (Luis), «Delito y no error».

Joleaud (S.), «El petróleo».

Lacomba (Juan), «Pinos al Sol». «El pintor José Benlliure y su obra franciscana». «El arte fastuoso del ceramista Peyró».

Versos.

López-Parra (Ernesto), «Rutas teresianas». Versos. «Canciones de era».

Loredo Aparicio (José), «La conferencia de Locarno». «Humo, Carbón, Cisco».

María Enriqueta, Composiciones poéticas. «I fuerza de un deseo».

Monrill (Angel), «Sugestiones de una página»: «El Infierno», de H. Barbusse».

Nearing (Scott), «La situación del obrero americano».

- Nelken** (Margarita), «El Museo Romántico de Madrid».
- Noel** (Eugenio), «Ante la Torre de Einstein en Postdam». «Aguila de las Estepas».
- Núñez de Arenas** (M.), «Héroe o traidor, según conviene a S. M.». «Los últimos años de Goya».
- Núñez y Domínguez** (José de J.), «La felicidad». «En elogio de Nuestra Señora del Ritmo».
- Onieva** (A. G.), «La extraña personalidad de Mahatma Ghandi».
- Orueta** (Ricardo de), «Notas sobre Alonso Berruguete».
- Pereyra** (Carlos), «En la patria de Hernán Cortés».
- Peri** (Gabriel), «El Cártel del acero y los acuerdos de Thoiry».
- Picasso**, Retrato de Juan Cocteau.
- Picón** (Pierre), «Huéspedes de España: Giraudoux y Cocteau». «Germain Nouveau o el lirismo en la vida».
- Posada** (Adolfo), «Leopoldo Alas, Clarín».
- Redacción.**—«Preliminar», «Gonzalo de Reparaz: Biografía y contorno de su obra».—«Cómo se organiza una Biblioteca Circulante». María Enriqueta.—«Creación de focos culturales como único medio de salvación».—«Incisos al momento».—Andrés Sepúlveda.—«Vitualla nacionalista».—«La huelga general inglesa».—«Faustino Goico-Aguirre».—«Cervantes».—«El ambiente».—«Vida espiritual y furia deportiva».—«Estado precario del obrero intelectual».—«Zuloaga».—«Nuestras posesiones del Africa ecuatorial».
- Reparaz** (Gonzalo de), «La cuestión de Marruecos tal cual es».
- Riera** (Rafael), «Fray Ejemplo».
- Salvemini** (Gaetano), «El sindicalismo fascista».
- Sánchez Albornoz** (Claudio), «Estampas de la vida en León hace mil años».
- Sánchez Cantón** (F. J.), «San Francisco de Asís en la escultura española».
- Sánchez Rojas** (José), «Castilla».
- Sansores** (Rosario), Versos. «Nuestra Señora de la Inquietud».
- Schulten** (A.), «Cariño». «Mi investigación arqueológica en España».
- Señas Encinas** (F.), «Notas sobre el paisaje asturiano».
- Sepúlveda** (Andrés), Apunte al natural. Caricaturas: Angel Dotor, José Balseiro, Cansinos Asséns, Rosario Sansores, Eugenio Noel, Ernesto López-Parra, Félix Urabayen.
- Serge** (Víctor), «La vida intelectual en Rusia ¿Es posible una literatura proletaria?»
- Sotela** (Rogelio), Soneto. Epistolar.
- Torner** (Fl. M.), «Sobre un rasgo del carácter español».
- Unamuno** (Miguel de), «La agonía del Cristianismo».
- Urabayen** (Félix), «Retratos vascos: Iparraquirre».
- Uría Riu** (Juan), «Algunas consideraciones sobre el paisaje de montaña en Asturias» «Observaciones sobre los paisajes asturianos».
- Vacaresco** (Elena), «Rabindranath Tagore».
- Valderrama** (Pilar de), Composiciones poéticas.
- Valle** (Rafael Heliodoro), «Prosas aztecas».
- Valle-Inclán** (Ramón del), Prólogo de «Tirano Banderas».
- Vandervelde** (Emilio), «El Socialismo en Europa».
- Vasconcelos** (J.), «Un mapa estético». «Diez minutos sobre México».
- Vicente** (Paulino), Retrato de Pablo Iglesias.
- Wells** (H. G.), «Los pueblos de lengua aria en los tiempos prehistóricos».

LIBROS

- Cepeda** (José Antonio), «L' Agonie du Christianisme», por Miguel de Unamuno. «El peregrino de la barba florida», por A. Rodríguez Alvarez. «Tardes de provincia», por Juan Lacomba.
- Dionisyos**, «Ideario», por Ricardo Mella.
- Domingo** (Eugenio), «La tierra de María Santísima», por Benito Más y Prat. «Dos pueblos de Castilla», por J. Gutiérrez Solana. «Archivo español de Arte y Arqueología». Centro de Estudios Históricos. «El Barrio Maldito», por Félix Urabayen.

«La raza cósmica», por José Vasconcelos.
«Pomarada asturiana», por Rafael Riera.
«Víspera del gozo», por Pedro Salinas.
«Los caciques caen», por Emilio Cornejo Caminero. «Entretenimientos», por Pío Baroja. «La locura de un erudito», por José Más. «Vida ejemplar de un claro varón de Escalona», por Félix Urabayen. «El profesor inútil», por Benjamín Jarnés.

Dotor (Angel), «El misterio de su muerte..» por María Enriqueta. «Enigma y símbolo», por María Enriqueta. Literatura española. «La Isla de Oro», por Mario Verdaguer. «Don Quijote, Don Juan y la Celestina», por Ramiro de Maeztu. «El libro bello». «Recuerdos entomológicos», por Juan Enrique Fabre. «Uno de tantos» por Angélica Palma. «Toledo, Piedad», por Félix Urabayen. «Guía de Galicia», por Ramón Otero Pedrayo. «Maravillas de la vida de los insectos», por Edward Step.

Loredo Aparicio (José). «Archivo de tradiciones populares», por Aurelio de Llano Roza de Ampudia. «La lucha contra el delito de contagio», por Luis Jiménez de Asúa. «Poetas y Bufones», polémica Vasconcelos-Chocano. «La Duquesa de Nit»,

por Joaquín Arderius. «El sentido humanista del socialismo», por Fernando de los Ríos.

Monreal (Angel), «De regreso del amor», por Dr. César Juarros.

N. H., «Altar Mayor», por Concha Espina.

Núñez de Arenas (M.), «La cuna de un gigante», Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir, por Juan José Morato.

Núñez y Dominguez (José de J.), Tres novelas asturianas.

Parafar (Martín), «Ciencia y corazón», por Isidoro Acevedo.

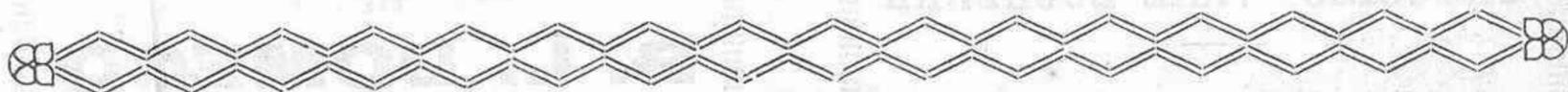
Uría (J.), «Estampas de la vida en León durante el siglo x», por Claudio Sánchez Albornoz.

Vigón (Paulino) «El derecho obrero en la colonización española», por Carmelo Viñas Mey.

REVISTAS

«Residencia» — Madrid — «Sagitario» — La Plata.

Imp. MINERVA antes «El Noroeste»
=== Linares Rivas, 24. — GIJÓN ===



Eugenio Alonso

FERRETERIA y QUINCALLA

Rúa, 1 y Altamirano, 2 - Teléfono 633

— ♦ ♦ ♦ OVIEDO ♦ ♦ ♦ —

Compañía Adriática de Seguros

FUNDADA EN 1838

Agente General de Incendios

Manuel S. Cifuentes

OFICINAS:

Paseo de Alfonso XII, 2 - pral.

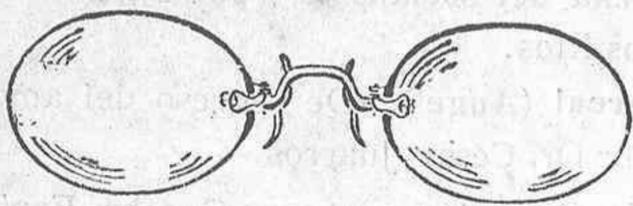
GIJÓN

GRAN RESTAURANT CAMPOAMOR

SERVICIO ESPECIAL PARA BODAS

BANQUETES ♦ ♦ ♦ LUNCHS

— ♦ ♦ ♦ OVIEDO ♦ ♦ ♦ —



F. VILLAMIL

GABINETE ÓPTICO

Santa Lucía, 3--GIJÓN

ÚNICA CASA EN ASTURIAS que sólo se dedica a
:: esta especialidad ::

TITO REGUERA Y CUARTAS

Talleres de Escultura

Piedra artificial

Decoración interior y exterior

Arte en general

Uría

OVIEDO

GREGORIO VIGIL-ESCALERA

GRANDES ALMACENES

DE

CARBURO DE CALCIO

DEPÓSITO EN GIJÓN:

F. ISLA SOMONTE, EZCURDIA, 39

Defenderá sus intereses si antes de
contratar seguro alguno consulta
primas y condiciones a

JOSÉ M. FRIERA

TELÉFONO 977

Salustio Regueral, 17-19

GIJÓN

LA PRÉSERVATRICE--PARÍS 1864

SEGUROS EN GENERAL

Representantes en Asturias:

D. Alfonso Muñoz de Diego

Plaza del Riego, 2.—OVIEDO

D. Eusebio Alvarez Cañedo

Ezcurdia, 5.—GIJÓN

GIJÓN-AUTOMOVIL

José F. Pedrera

Toda clase de accesorios
para automóvil y bicicletas.
Repuestos legítimos F O R D.
Neumáticos, grasas, aceites, etc.

San Bernardo, 107

Teléfono 882

Gi j ó n

DEPÓSITO

DE

B. L. DOMECCQ

General Elorza, 7 y 9

Teléfono 7-85

OVIEDO



ESPECIALIDADES

ANÍS ZORRILLA

COÑAC 3 RACIMOS

Luis Cifuentes

PROCURADOR

Cabrales, 46

GIJÓN

Luis Miguel Bueres

PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES

Testamentarias :: expedientes posesorios y de dominio :: negocios mercantiles
y, en general, representación en toda clase de asuntos civiles, gubernativos,
administrativos y contencioso-administrativos

Campomanes, 18

OVIEDO

Teléfono 9-11

Jaime B. Viliesid

DENTISTA

URIA, 32—Teléfono 10-49

OVIEDO